

Año XXX.

Madrid, Jueves 20 de Octubre de 1910.

Núm. 41



Santos asilos de paz y castidad.

Nueva Hojita piadosa

En toda esta semana se pondrá á la venta la marcada con el núm. 11, y que se titula "La confesión de Sor Margarita".

Confío en que la divina Providencia hará que alcance éxito tan fabuloso como las anteriores.

JUICIOS SOBRE UN DESTRONADO

Como todos recordamos, el exrey de Portugal manifestó sus simpatías por los procedimientos mauristas. Esto, en sentir de algunos, demostraba un ánimo varonil y un alma bien templada.

Desgraciadamente para la causa monárquica, ha ocurrido todo lo contrario: al verse frente al peligro, depuso instantáneamente todas sus arrogancias.

He aquí lo que dice desde Lisboa acerca de esto Vicenti, director de *El Liberal*, después de burlarse de los corresponsales que habían hecho subir á cinco mil los muertos en la revolución.

«Con datos del Registro civil, se sabe ahora que los muertos han sido 41, incluida en la cuenta una modesta familia á qui en alcanzaron los artillazos de una bomba, cerca del palacio das Necesidades.

Igualmente fenomenal es la especie, transmitida á París y á Madrid y aceptada de plano por nuestro Gobierno, de que el infante D. Alfonso peleó bravamente contra los revolucionarios, á la cabeza de un regimiento de artillería. ¡Pobre señor! Apenas enterado de los acontecimientos, se agazapó en el yate «Amalia», y en él se estuvo hasta que desembarcó en Gibraltar con toda la real familia. No se manifestó en ninguno de los miembros de ésta el menor rasgo de dignidad heroica. El rey, al oír los primeros cañonazos, se trasladó á la parte opuesta del edificio y rompió á gemir y á orar, alternando las preces con vivas instancias para que le trajesen de seguida un automóvil. Verdad es que sólo dos hidalgos sesentones permanecían á su lado. Melancólico y literato el uno—el conde de Sabugosa, volteriano y mujeriego el otro—el marqués de Fayal—ambos cumplieron valerosamente lo que se debían á sí mismos, y, contristado el conde é impasible el marqués, acompañaron y protegieron á D. Manuel en su ridícula fuga. De las muchas razones que aseguran la inhabilitación perpetua del destronado, acaso la principal sea lo grotesco de su caída.»

¿Parece duro ese juicio por emitirlo un republicano? Pues léase éste otro de Ortega y Munilla en *El Imparcial*:

«Un rasgo digno de anotarse: la monarquía de D. Manuel de Braganza no ha tenido un solo defensor. La reacción clerical, sí. Los misteriosos conjurados que desde el convento de jesuitas de Quelhas y desde otras casas de religio-

sos han arrojado bombas y hecho disparos de fusil sobre las tropas y los «populares», han demostrado una energía de resistencia que haría honor á su entereza, si putieran ir juntos el honor y el empleo de la dinamita.»

¿Que *El Imparcial* es un periódico demócrata? Pues allá va la opinión de Santiago Mataix, director de *El Mundo*, periódico conservador:

«Porque el rey Manuel, el monarca destronado, no ha estado ni un momento á la altura de su misión real. El día 5, en cuanto de madrugada empezaron los cañonazos de los cruceros «Adamas-tor» y «San Rafael» á su Palacio de las Necesidades, cogió el automóvil, abandonó á sus leales, y con sus adictos el conde de Sabugosa y el de Figueiro, marchó á Mafra, el histórico santuario donde actualmente está la Escuela de Artillería, y no encontrando allí á su abuela, á su madre y á su tío D. Alfonso, el heredero entonces del trono, se fué á Ericeira, y allí, vergonzosamente, cobardemente, embarcó con su familia toda en el yate «Doña Amelia» con rumbo desconocido, quizás camino de Inglaterra, donde hombres fuertes mirarán en el caído monarca portugués á un triste desdichado.»

Y para echar, como vulgarmente se dice, la barredera, copio á continuación varios párrafos de un notabilísimo artículo de Dionisio Pérez, publicado también en *El Mundo*:

«Antes que en el campamento, la revolución había triunfado en el propio Palacio Real. Fué allí donde un mozallete temeroso y cobarde, al escuchar el estampido de los cañones y el golpe seco de los Mausers, prefirió la vida deshonrada á la muerte honrosa y, olvidándose de sus derechos y de sus deberes, se dejó meter en un automóvil y esconder entre unos colchones y unas mantas para huir, mientras que su brava Guardia municipal era diezmada por las ametralladoras.

Perdón y olvido para ese pobre destronado que no supo ser Rey en la paz ni hombre en el único día de guerra que se ofreció en su reinado. Era un niño cuando vió caer muertos por el fusil regicida á su padre y á su hermano; era un niño cuando subió á un Trono que nunca pensó ocupar, y desde aquel día ni un solo momento fué Soberano; su voluntad era guiada por extraños; su pensamiento era troquelado por la obsesión en visiones fanatismos, y él, Rey, servía de pantalla á los negociantes y de brazo ejecutor á la torpe y ciega ira clerical.

Desde aquel día, cada vez que el Rey Manuel se ponía en contacto con su pueblo, aun acompañando al presidente del Brasil en las fiestas que precedieron á la revolución, observaba que no había amor, ni fe ni entusiasmo en sus súbditos, que se le miraba con indiferencia ó con odio, que las cabezas no se destocaban á su paso y que la propia disciplina militar quedaba reducida en su Ejército á un artículo de las Ordenanzas. Había á su alrededor un grupo de políticos venales, de estúpidos aristócratas, de jóvenes *sportmans* que le prodigaban el homenaje de su adhesión y su entusiasmo y le hacían creer que con ellos tenía bastante para reinar. Lo

otro era el populacho, al que había que atraillar y perseguir.

A este pobre Rey le han engañado todos: su fanática madre y su preceptor austriaco, el patriarca de Lisboa y los jesuitas, los políticos y los aristócratas. Unos le hacían poner toda esperanza en Dios; otros, en aquella parte del Ejército que se creía incondicional; otros, en las represalias políticas que seguía aconsejando desde su retiro Joao Franco; otros, en fin, en los prestigios y en las fuerzas de la aristocracia. Nadie le dijo que debía buscar, como único sostén de su Trono, el amor del pueblo; nadie le aconsejó que debía atender las reclamaciones de los radicales, que debía estudiar lo que hubiera de justo y de posible en las demandas revolucionarias.

Tal era el estado de su ánimo aquella madrugada del día 4, cuando sonaron las primeras descargas en el campamento revolucionario de Rotunda y los primeros cañonazos en los buques de la escuadra. El pobre mozallete se encontró solo; no acudió á salvarle la Divina Providencia, que á reserva de ejercer sus justicias definitivas, deja á los pueblos disponer de sus destinos; no se presentaron para ayudarlo y ampararlo los aristócratas ni los *sportmans*; la Corte fastuosa, que tantos millones costaba sostener, la Corte culpable de los anticipos ilegales de dinero del Tesoro, la Corte facilitadora de los negocios y los chanchullos, quedó reducida á dos palaciegos y á media docena de criados. ¿Qué se hicieron los monárquicos usufructuadores del presupuesto, qué los ministros responsables, qué los aristócratas y la clerecía? Huyeron todos, se escondieron todos temerosos de la ira popular, y el pobre Rey, al verse solo, abandonado, decidió tirar su corona y huir. Ya Boabdil no servirá de ejemplo en la historia. Sus lágrimas de mujer han sido superadas.

Y de esta fuga, hasta llegar al puertecillo de Ericeira, se podría escribir una página de terror. Los revolucionarios pudieron detener al Rey, pudieron apoderarse de toda la familia real, y, con un alto sentido político, tendieron un puente de plata para que huyesen como mujeres los que no supieron defenderse como hombres. De Lisboa al castillo de Mafra, el automóvil, abarrotado de equipajes—y entre ellos iba, como un fardo más, el pobre Rey,—pudo ser detenido una cuantas veces, y se le dejó pasar. En Mafra, apenas la familia real salió del castillo, fué éste asaltado por unos malhechores, que se han apoderado de lindas joyas de arte. De Mafra á Ericeira, la familia fugitiva fué á campo traviesa; al llegar á la orilla había una muchedumbre esperándola, una muchedumbre impasible y curiosa, que no tuvo para los Reyes ni una mirada de odio ni una palabra de caridad.

El Rey Manuel—me ha dicho un testigo presencial—iba anonadado, rendido, como un viejo. Le llevaban entre dos cortesanos, como á un paralítico. La Reina Amalia quiso aparecer serena. Los Reyes entraron en dos barcazas de pesca y fueron conducidos al yate real *Amelia*, al barco de las excursiones de placer, que se había hecho pagar al Estado. Todo había concluido para la Monarquía en Portugal, y para los Braganza y los Orleans en el mundo y en la historia.

¿Y la Reina? ¿Será posible que en las horas de destierro, en la meditación de los tremendos dolores de su vida trágica, que recuerda, por la magnitud del infortunio, la de aquella otra española, la de la *Emperatriz Eugenia*, no comienza á ver la Reina Amelia cuán grande y ciego y terco ha sido su error?

El Rey Carlos forjó sobre su Palacio Real la mitad de la tempestad que al desencadenarse antaño arrancara su vida y la del Príncipe heredero, y que ahora arrojará del Trono portugués los restos de su estirpe. La forjó con sus dilapidaciones y sus negocios; pero la otra mitad de la tempestad terrible la ha forjado, con su fanatismo, la Reina Amelia. Hace años ya, aquella altiva mujer que subiera al trono de Portugal conquistando el amor del pueblo por su belleza, vivía rodeada de la pública malquerencia que la lapidaba, nombrándola la *Reina beata*. Su voluntad de mujer estaba plenamente, totalmente entregada á la sugestión de los jesuitas. Sobre Portugal empobrecido, amenazado de graves crisis económicas, se extendían las Congregaciones religiosas, en su infinita variedad, alzando conventos, abriendo escuelas, estableciendo talleres, creando asilos, y la Reina Amelia se ponía, sin recato ninguno, en contacto permanente con todos los elementos clericales. Creía ella que así servía á Dios, y además, que creaba una poderosa fuerza en derredor del Trono de su hijo. El Papa estaba satishicismo de Portugal, y frecuentemente enviaba su bendición á aquella Reina, su hija predilecta.

Frente á este avance retador del clericalismo en Portugal, hecho en son de conquista, surgieron las Sociedades secretas, surgió la Masonería con un vigor justificado, pero que á los españoles nos parecía ridículo. Y ahora, es preciso confesar que la revolución la ha organizado á Masonería. Han luchado tenazmente el convento y la logia, como á fines del siglo XVIII y mediados del XIX, y el convento ha sido vencido.

Así, sobre su desprestigio, sobre sus enormes torpezas, esta Monarquía insensata había cometido el error de vincular en ella el espíritu teocrático, el pensamiento jesuita frente al espíritu liberal. Y de ese error ha sido culpable la Reina Amelia. Véase, pues, si esta semana histórica de Portugal no puede llamarse con justicia escuela de Principios y gobierno de gobernantes. Unos y otros tienen bastante que aprender en ella.

¡Buen ramillete!

Se lo ofrezco á los monárquicos españoles capaces, si la ocasión se presentara, de emular la gloria alcanzada por los portugueses.

Al pasar frente á un convento me pongo á considerar, si estarán haciendo bombas como en los de Portugal.

En acción de gracias

¡Oh, misericordioso Señor de Cielos y Tierra!

Reconozco, admiro y confieso lo infinito de tu bondad para conmigo,

al consentir que los portugueses hayan establecido la República, suc so que ha venido á justificar la campaña de toda mi vida.

Yo, el injuriado y maldecido cada vez que he censurado las liviandades de los conventos...

Yo, el tachado de calumniador cuando he indicado que entre los conventos de frailes y monjas existen comunicaciones subterráneas que les permiten ayuntarse para fines procreativos...

Hoy, gracias á Ti, Señor Justo, disfruto de la satisfacción más inefable que pude soñar; la de que todo el Universo Mundo sepa que en Lisboa se han encontrado Hermanitas en meses mayores y algunas amamantando el fruto de sus castos amores.

Gracias nuevamente, Señor, por haber prolongado mis ya dilatados días en este misero valle de lágrimas hasta disfrutar esta dicha, que no trocaría por una eternidad de bienaventuranzas.

El recuerdo de esta dicha hará que me resulten dulces las penas del infierno, á donde me tienen hace tiempo condenado tus representantes en la tierra, esos que ponen á las hermanas y á las monjas que están á su alcance, como nunca estuve yo.

No pienses que soy estéril, ni que no soy madre digas: ¿no ves bajo el santo hábito un buito que lo atestigua?

PASARSE DE LISTO

El Papa no cree que los jesuitas hayan arrojado en Portugal bombas de dinamita desde sus conventos. Admite que puedan haber disparado tiros; ¿pero dinamita? Imposible.

Veo en esto que no es Su Santidad tan torpe como se dice: de admitir que los hijos de Ignacio fabrican bombas de dinamita, ó que las arrojan, podría alguien suponer que las infinitas que han explotado en Barcelona, procedieron de un convento de esos; y entonces...

No, no; hay que negarlo *ad mayorem dei gloriam*.

Si vieres á un jesuita asomado á una ventana, huye á paso de automóvil, por que el demonio los carga.

Los sucesos de Portugal

y la prensa clerical

Con motivo de los sucesos de Portugal se observa en la prensa *sedicente* católica, la práctica de un sistema innoble y contraproducente.

Nada dicen, por ejemplo, de las monjas que han salido embarazadas de los conventos, ni de las bombas disparadas por los jesuitas.

Esta misma prensa, según lo acreditan las colecciones de *El Siglo Futuro*,

Correo Español y Universo, se complacen en publicar, exagerar y aun inventar noticias contra los individuos del clero secular.

De este modo contribuyen, con la falsedad, á deshonorar al clero parroquial y á ensalzar el clero regular, engañando al pueblo fiel.

Esto es canallesco servilismo á los planes de la curia romana, que pretende convertir en frailes á los curas y hacer imposible la vida al clero secular.

¡Y que haya párrocos que costeen con su dinero tales period cuches!

España soy del Señor; así que nazcan mis hijos como suyos los pondré en los libros del Registro.

Grau Latorre, víctima de los jesuitas

Ya está dicho. Fué alumno del colegio de Manresa, coetáneo de Ramón Vilamitjana, sobrino del arzobispo de Tarragona de igual apellido y lejano pariente mío.

Ramón fué otra víctima. Último vástago de su linaje, fué llevado á aquel colegio. Del colegio al palacio, del palacio al colegio, pasó su niñez y su juventud, saliendo perfectamente inútil para todo, y además cargado de fatuidad, de travesura y de vanidad.

Nació ignorante y murió ignorante; su ignorancia fué creciendo con su vida. Murió, como un jesuita, la muerte de un congregante, de un pistoletazo en el coro de la Iglesia y en plena misa.

Así terminó el linaje cuya última generación había dado á la Iglesia un arzobispo célibe, un beneficiado célibe, un cura célibe, un seglar más célibe que los anteriores y un casado más clerical que los cuatro precedentes.

Si el Dios de la Biblia daba como premio á sus fieles una descendencia numerosa como las arenas del mar, siendo los hijos gloriosa corona de los padres, el «Dios católico» da á sus adoradores un premio bien distinto.

La última vez que hablamos Grau Latorre y yo en el cenador de la *Villa P*, hablamos de eso: del colegio de Manresa, de los jesuitas, de los ejercicios manipulables que daban á los alumnos...

Grau Latorre era un tipo singular en todo, aun en eso del jesuitismo. Sentía por los jesuitas un amor y un odio extraordinarios; no sabía hablar de ellos más que pestes, pero no podía oírlos contar á otros. Del jesuitismo quedáronle muchos resabios; uno de ellos el afán de correvedile y un prurito extraordinario por el chismorreio.

Era entusiasta admirador del P. Mir. El libro *Un barrido hacia fuera* le encantaba; ambos nos entreteníamos en descifrar uno por uno los enigmas que se insinúan en el libro, traduciendo las simples iniciales con los nombres verdaderos, anotando hechos allí sólo indicados, apuntando intimidades de los personajes que se citan y otros cuyos nombres no se mencionan. Porque Latorre sabía de la Compañía mucho más que doce jesuitas juntos. Porque los

Jesuitas no se atreven á confesarse con los suyos y suelen tener necesidad de confesarse con los de afuera; y Latorre sabía ganarse la confianza de sus antiguos maestros.

Su vida ha estado llena de azares: ha sido un azar continuo. De jesuita á francmasón entusiasta; he aquí su recorrido. De extremo á extremo. Esta oscilación máxima de conciencia la tuvo también en su fortuna económica.

Vivía con una intensidad extraordinaria. El telégrafo cuenta que se ha suicidado por haber cometido un hurto... ¿Qué le pasaría al pobre Latorre?

Haya hecho lo que haya hecho, haya sido quien haya sido, lamento su muerte y deploro su suicidio. Le he tratado pocos días y le he querido. Era hombre casi entero, que en estos tiempos equivale á un cuervo casi blanco.

Habría querido verle en Lisboa en el acto de acometer las turbas á los jesuitas, realizando simultáneamente aquel amor y odio á los ignacianos. Imagino que habría disparado un tiro contra los Inigos, otro sobre las turbas y el tercero contra sí mismo.

«Yo creo en Dios...», me decía una noche, provocándome á cuestionar sobre ello; «pero que no me digan de Iglesia, de frailes... Una porquería...»

En la vida he tenido que tratar á tres desgraciados dados al hurto: uno de ellos se hacía llamar Luis Felipe Durán, y había sido franciscano en Génova; llegó á ser un excelente carterista, que se la dió á todos los obispos, frailes y pastores protestantes de toda Europa. Otro dejó celebridad en Bilbao y Barcelona; llamábase Mario Medrano, que pasó su juventud en Deusto. El tercero, el pobre Latorre, exalumno de Manresa.

Los tres han sido víctimas de la educación religiosa, que castra las actividades fecundas y desarrolla las estériles.

Muy enseñados á rezar, á meditar, á fingir, á disimular, á comulgar y á confesar, y muy emperezados para el trabajo, ¿de qué les sirven aquellas prácticas en la lucha por la vida?... Para eso: para naufragar después de colosales esfuerzos en la brega social.

Durán y Medrano carecían de profesión. Medrano tenía vocación y facultades de artista; su voz de tenor era potentísima; Goula hizo su ensayo, y sólo de oírle la Siciliana de *Cavalleria Rusticana*, le ofreció plaza en una de sus compañías. Pero los padres eran jesuitas; querían que su hijo fuese un santo; se opusieron á que siguiera la carrera del arte dramático; su anhelo era oírle cantar motetes en los jesuitas; le abandonaron á la tempestad juvenil, y naufragó.

Naufragó Durán, vomitado por la orden al mundo, cuando estaba inutilizado para el mundo.

Naufragó Latorre, después de una colosal batalla.

¡Víctimas! Esas tres actividades, educadas en el trabajo efectivo ó en el ardor profesional, con una carrera adaptada á sus facultades, habrían sido tres seres utilísimos.

Corrompida por el hábito clerical su juventud, han sido eso: un huido, un recluso y un suicida...

Ellos pagan las penas; los culpables siguen corrompiendo juventudes.

RICARDO MAYOL

EQUIDAD EN LOS IMPUESTOS

Si para ejercer cualquiera profesión en España se necesita patente, ¿por qué no exigírsela á los predicadores? ¿Acaso no la pagan los sacamuelas que en calles y plazas peroran?

Con la diferencia que éstos peroran para ver si les caen penitentes á quienes sacarles las muelas, sin cobrar nada por el discurso, mientras aquéllos cobran el sermón y sus consecuencias; es decir, las misas, responsos y demás entradas que se agencian para sacar del Purgatorio las almas que tienen allí de temporada los paganos.

Y en lo primero, lo de sacar las muelas, no hay duda alguna; con más ó menos dolor, el paciente acaba por verla afianzada en el gatillo, mientras que lo otro, lo de las ánimas, nadie ha podido comprobarlo.

Pero, en fin, demos de barato que efectivamente salen, y apliquemos á los *sacaalmas* la misma tarifa que á los sacamuelas, para que nadie pueda decir que en España no hay equidad ni en los impuestos.

Y lo mismo que de los predicadores, digo de los confesores.

Si en el confesonario es donde principalmente se tratan los asuntos de interés para la Iglesia, encargos de misas, cesión de legados, captación de herencias, no hay razón ninguna para no someterlos á impuesto.

¿Qué los confesores no cobran directamente por el servicio que prestan? Abran un abogado, ó un médico una consulta gratis y no se eximirán del pago de la cuota que les corresponda. Establezca un farmacéutico un kiosco en un piso cualquiera para regalar medicinas, é inmediatamente se le aparecerá el investigador de contribuciones.

¿Por qué entonces estas injustas exenciones?

Nos cuentan que en Tierra Santa sólo una virgen pariera, y en tierras de Portugal están pariendo á docenas.

FRATERNIDAD ECLESIASTICA

El Sr. Prat y Orri, beneficiado de la Merced de Barcelona, ha de vivir de la limosna de los samaritanos librepensadores, mientras el obispo y compañeros se reparten buenamente los cupones del millón de pesetas recién cobradas del Estado por aquella Iglesia.

El P. Rojas, que ingresó con 150 mil pesetas en la Compañía de Jesús, salió de ella sin un céntimo y vive de la limosna recogida en la vía pública. Entretanto, sus hermanos levantan castillos y palacios. El día de San Ignacio el P. Rojas fué á pedir limosna á sus hermanos de Madrid, y le dieron cincuenta céntimos!

Y predicán el Mandato de Cristo y dicen á las gentes: «sois hermanos». Sí; como Caín y Abel.

Derechita fui al convento, llenita de amor divino: ¿cómo me santificaron? Preguntádselo á mis hijos.

¿Frailes inocentes?

Al leer los relatos de Lisboa ocurre una observación digna de nota. En las Ordenes religiosas, son una docena los tiranos: los demás son víctimas de ellos.

Pero como quiera que los inocentes se mezclan tontamente con los culpables, pagan por igual la culpa de los crimenes.

Los unos por pillos; los otros por tontos.

Algo de esto va á pasar al clero secular. Los rapaces son los obispos; los curas son los primeros expoliados.

Pero como no se rebelan y se hacen cómplices del obispo, pagarán odios en su día, los unos por tunantes, los otros por cobardes.

Para necia, una beata; para imbécil, don Dalmacio; y para fabricar bombas los hijos de San Ignacio.

Fíate en la Virgen...

Una de las cosas que ha evidenciado la revolución portuguesa, es el lazo y compenetración íntimos que existen entre la monarquía y el clericalismo, y de un modo especial con los frailes. Las Ordenes religiosas de Portugal han sido las más rebeldes en someterse; las que han ametrallado al pueblo y al ejército, desde sus madrigueras, empleando, como los jesuitas, armas tan odiosas y de mala ley, como las bombas de dinamita. Esto lo han visto y presenciado todos los portugueses y los periodistas españoles allí congregados; las tropelías cometidas por frailes y curas, y hasta por monjas, son incalificables, y aún habla *La Correspondencia* del fanatismo rojo de los portugueses, cuando no ha habido ni un convento incendiado, ni un fraile pasado á cuchillo. Todos los conventos se comunicaban entre sí por galerías subterráneas. La galería del convento de las Quelhas, de una extensión enorme, pasaba por debajo del edificio de las Cortes. ¿Pensarían volarlas, como aquellos jesuitas de la conspiración de la pólvora en Londres? En muchos conventos, al penetrar los soldados, no han hallado á ninguno de sus moradores, habiendo todos desaparecido por pasadizos secretos. De la residencia de los jesuitas de la calles de Quelhas se arrojaron más de cien bombas de dinamita sobre los soldados; por lo visto tenían allí un arsenal de estos proyectiles y una verdadera fábrica.

Se han hallado una multitud de monjas embarazadas; una de ellas dió á luz en el Arsenal, y viendo que eran muy bien tratadas y consideradas por los revolucionarios, desataban sus lenguas, y contaban horrores de los atropellos que tenían que sufrir de curas y frailes; en los jesuitas se halló un armario lleno de libros pornográficos y láminas obscenas; en varios conventos de monjas se han hallado ciertos artefactos de goma de forma extraña, cuyo descubrimiento era acogido con grandes risotadas por los revolucionarios. En fin, se han puesto á la luz del día las inmundas inmundas y la repugnante lujuria que reina en esos centros de corrupción cubiertos con el velo de la virtud, y se ha demostrado que esos que quieren pasar por modelos, son un foco de corrupción asquerosa, indignos de alternar aun con el más cínico libertino seglar.

Actos de cobardía, abyección y servilismo realizados por el clero y los frailes cuando han visto el triunfo de la república, son innumerables. Se escondían en las alcantarillas, se disfrazaban de aldeanos, de mujeres, de soldados, etcétera, etc.

Eso de la sed del martirio, de ganar el cielo muriendo por Dios, etc., se ha visto que era palabrería hueca, y lo primero era salvar el pellejo, besando la bandera de la república y dando mueras á la monarquía. Lo mismo que hicieron los apóstoles y los mártires primitivos.

De iguales virtudes han dado vigorosas pruebas los monárquicos, todos bien metiditos en sus casas, debajo de la cama, sin que ninguno osara empuñar un arma para defender á sus reyes, de los que la víspera estaba recibiendo copiosas mercedes. Tan odiosa era la monarquía para Portugal, aunque lo disimulaban sus adeptos, que apenas ha caído, se han pasado á la república los que vivían en más íntimo contacto con los reyes, y en los cuales los monarcas tenían depositada *toda su confianza*. Doña Amelia y Don Manuel se habían echado en manos de la reacción y del clericalismo, creyendo que éstos serían sus mejores aliados, y han sido su perdición.

Si hubieran gobernado inspirados en principios amplios, liberales, democráticos, quizás la dinastía de los Braganza hubiera prolongado sus días. El rey Manuel, ni siquiera intentó el menor esfuerzo para conservar su corona, que se escapaba de su cabeza. Era tan piadoso, que mientras en Lisboa se proclamaba la república, y él lleno de espanto se refugiaba en Mafra, al ver tristes y medrosos á sus servidores, les dijo al acostarse:

—Tengan buena noche y descansen sin cuidado, porque la Virgen está por encima de todo, y mi patrona, la Purísima Concepción velará por nosotros y nos amparará con su protección...

Sólo éstas frases pronunciadas por un rey joven, constitucional y en pleno siglo xx, justifican su destronamiento.

Y la Virgen veló tan bien por su regimiento devoto, que al día siguiente tuvo el rey que abandonar á Portugal á toda prisa.

Sí, ¡fíate en la Virgen!...

FRAY GERUNDIO.

¡Como quieres que la orvie si ha sido mi amor primero antes de irse con el cura que se marchó de mi pueblo!

Tarjeta postal histórica

Durante el último periodo electoral circuló por la nación vecina una postal, que ahora reproduzco, en cuyo anverso aparece la figura de la República y en el reverso la siguiente inscripción:

AOS ELEITORES

A OBRA DA MONARCHIA A RA DA REPUBLICA

Portugal (menos de 6 milhões de habitantes) deve 177 milhões de libras! Cada súbdito português deve quasi 33 libras! E, na Europa, o indivíduo que mais deve.

O Brazil (22 milhões de habitantes) deve 195 milhões de libras. Cada cidadão brasileiro deve 10 libras, menos do que a terça parte do que deve o português.

A família Real custanos 667 contos por anno, fóra o mais... Cada vasallo de S. M. F. paga para isso 121 réis.

O presidente dos Estados Unidos do Brazil ganha 60 contos inclusivé despezas de representação. Cada cidadão brasileiro contribue para esta verba com menos de 3 réis.

O nosso deficit anual é de 6 á 8 mil contos.

O orçamento do Brazil tem fechoado com saldo de 8 á 15 milhões de libras.

Adeantamentos á família Real, nao incluindo os da Rainha D. Maria Pia: 2.251.800.000 réis!!!

Apuramento incompleto das despezas com obras nos paes reaes durante o reinado de Don Carlos: 2.100.548 866 réis!!!

Os roubos do Credito Predial, já averiguados, sao de 2.550 contos. Responsaveis? Todos os partidos monarchicos!!!

Actualmente custam os serviços publicos na Suissa 6 francos por habitante; na Inglaterra, 10.5; na Hollanda, 11.5; na Austria, 14; na Allemanha e na Belgica, 15; na Italia, á 19.5 e na França, 24. Esta percentagem da França considera-se assombrosa, más Portugal excede a, attin tiendo-se aqui perto de 30 por 100 iendo a maior parte absorvida por despezas pessoais.—Anselmo de Andrade (actual ministro de fazenda.)

¡Votar na monarchia é ser cúmplice de toda essa vergonha!

Dineros que de mí salgan y otros que de ti saldrán, cuantos el pueblo produzca, los curas los pescarán.

No hay un solo hombre en el mundo que se imagine á Dios tan malo como lo pinta la Biblia.

Todo igual

La *Moral Pastoral* oficial de la Iglesia enseña á los fieles que el sacerdote es médico, abogado y juez.

Equipara los sacramentos á los varios servicios de un restaurant, usando el mismo lenguaje: mesa eucarística, banquete sagrado, santa cena, pan celestial, vino embriagador.

Establece en las iglesias verdaderas clínicas y farmacias; habla de enfermedades, diagnósticos, pronósticos y curas.

Y si se quisiera apurar la cosa, hallaríamos que todas esas funciones pertenecen á las que llaman Psicoterapia, á la Psiquiatría y Psicopatía; ó sea clínicas y consultorios para curar las enfermedades del alma, con todo un procedimiento tónico, reconstituyente, profiláctico y curativo.

Abogados, médicos y farmacéuticos se quejan de la competencia de esos curiales de profesión, charlatanes de plazuela, consejeros de litigios, curanderos de todas las enfermedades y agentes de específicos milagrosos.

Los teatros y circos se quejan de la competencia que les hacen los templos, y por este estilo, todos los demás ramos místico-mercantiles.

De todas esas prácticas sacan utilidad y lucro los curas.

Cada vez que paso y miro la casa en que vive el cura, digo para mi colete: «ahí no se t abaja nunca.»

Los únicos desnudos

En aquel día vino al mundo un profeta que luego fué hijo de Dios.

Sus amigos eran hombres desnudos, sencillos pescadores... Y por ser bueno le clavaron en la cruz...

Iba el pobre desnudo, estatua del dolor y de la redención, iluminada por el sol en el gran museo de la Naturaleza.

Las santas mujeres cubrieron su cadáver con un lienzo.

La sublimidad de doloridas carnes y de excelsas caridades, tejidas en telares de amor, fundaron una religión, tan grande por nacer desnuda como sublime por morir desnuda también.

Los falsos discípulos que acompañaron con sus harapos á la peregrinación sublime, hijos del Tiberiades transparente, limpios, serenos y claros cual dormidas aguas del lago, luego de ejecutado el precursor tentaron sus carnes, y el demonio de la ambición les vistió de orgullo.

—¿Cómo — pensaron ellos — cómo presentarnos ante los hombres en guisa tal? ¡Habrá que ver al ejército cristiano en un día de viento!

Y al desnudo oriental, magnífico reto por Cristo lanzado á la riqueza, sucedieron telas, túnicas, velos, lienzos, clámides y togas de blanca tela...

Morían los discípulos en la ardiente arena del circo, sin mas traje de luces que el lino pastoril, ni más capote que el tejido por humildades.

¡Gran hazaña que pronto desdijeron los que de la túnica primitiva hicieron púrpura!

Del harapo y de la túnica pronto pasaron a la tintada capa, y de la capa a sedas áureas, y de las sedas, que gusanos tejieron, al raso y al terciopelo, al vellorí pomposo.

Sobre la corona de espinas alzó su gallarda cresta la mitra retadora y la tiara mayestática...

Las desnudas plantas que ensangrentara el Maestro divino en el arenal Galileo, prestó fueron dorado coturno y sandalia pomposa, viva llamarada de rubí y diamantes...

El lirio primitivo bañóse en perfumes y la rústica guedeja del Cristo se sahumó en esencias...

Y todos, hasta los falsos discípulos, determinaron por fin ir a Judea.

Ello fué que las externas apariencias retrataban el desquiciamiento supremo del corazón, la conquista del alma, lograda por el vicio y por la vanidad vendida.

Cristo predicaba la igualdad, la fraternidad y el amor humano...

Era el alma desnuda, que luego el error y el fanatismo vistieron con horribles suplicios y persecuciones bárbaras...

Cualquier bruto, incrustado en preciosos diamantes, creyóse un momento definidor de Cristo, y el publicano vil juzgóse representante de su religión.

Las vírgenes, primitivas herederas de Venus Afrodita, ungidas en caridades y dulzuras, las que iban al sacrificio desnudas, subieron al altar; primero, envueltas en plebeyos lienzos, y luego resplandecieron en constelaciones de diamantes, soles de rubíes y nubes de azul zafiro.

¡Imágenes de palo que llevan sobre sus secas carnes lo que falta al pobre; inmutables divinidades que, como el monstruo de la fábula, lo gozan todo por ser incapaces para el goce mismo, y gozan con el hambre de los demás por ser inapetentes!

¡Las guardillas tristes, las mujeres pálidas, las vírgenes inútiles, ambulantes joyerías que esterilizan la riqueza! ¡Cristo desnudo y sus discípulos vestidos!

¡Magnífica religión para verano!—como dijo Heine.

Sí; pero por lo frescos que son los discípulos al dejar al Maestro tan... fresco....

RODRIGO SORIANO.

Si te digo sol te ofendo,
y si luna te maltrato;
mas no te llamo beata
por que pienso que te mato.

ARTÍCULOS DE LUJO

En las poblaciones donde no se ha llegado aún a suprimir los consumos,

se procura librar del impuesto los artículos de primera necesidad, recargando los de lujo.

Y admitiendo yo este principio económico, propongo que se imponga una fuerte tributación a las misas cuyo precio exceda de la tasa sinodal. El que quiera lujos que los pague.

Claro que para mí, tan de lujo es la misa de dos pesetas como la de veinte reales; lo inútil siempre es lujo; pero en esta ocasión no ejerzo de impío, sino de economista.

Chiquiya, no entres en misa
sin llevar echao el velo,
porque si te ve la cara
alza el cura antes de tiempo.

Fuera privilegios

No sé cómo se llaman esas máquinas donde se echan diez céntimos por una hendidura y sale cualquier objeto, ni el nombre especial de esas básculas que, por otros diez céntimos, se entera cada ciudadano de los kilos de carne y hueso que posee. Lo que sí sé, es que no se permite su instalación sin sujetarlas a impuesto.

¿Qué razón hay para no hacer lo mismo con los cepillos de iglesia, por cuyas hendiduras, ó si se quiere rendijas, entran monedas, y no de diez céntimos exclusivamente, si no de todos valores y tamaños?

Todo aquer que dise ¡ay!
es señal que l' ha dolío;
y ¡ay! ¡ay! ¡ay! gritaba anoche
el ama del clerimico.

—¿Y vienes de esa manera?, le pregunta su madre a una Hermana de la Caridad que regresa a su casa en un pueblecillo portugués.

—Como me dijo el Padre que con los frailes no era pecado... Y como otras también...

Todo el hombre que se casa
parecerá un caracó,
si deja que le visite
un ministro del Señor.

EN CIEMPOZUELOS

El convento del crimen

La Orden Hospitalaria

Que la mayoría de los conventos son asilos de criminales, ya lo pre-entía el pueblo. Esta manera de vivir no puede permanecer oculta mucho tiempo. Por hechos de los frailes y de las monjas se sabe que las Ordenes religiosas han venido a parar en grandes empresas de explotación criminal, en las que unos pocos, los mandones, viven sibaríticamente entregados a todo los apetitos de las más bajas pasiones, y el resto de los religiosos vive constituido en escla-

vitudo de aquellos pocos, y al mismo tiempo desmoralizándose y degradándose incesantemente.

Este convento de Ciempozuelos ya había dado grandes pruebas de estar habitado por la gentuza más inhumana y despreciable. La Orden de San Juan de Dios, fundada por éste, que era un gran humanitario, había ido viviendo hasta la exaustión en cierta observancia no muy rigurosa, pero al fin observancia de su regla. Era una Orden de legos, médicos, cirujanos y boticarios; sólo unos cuantos sacerdotes para el servicio espiritual de frailes y de enfermos, y no había monjas. San Juan de Dios no las creyó necesarias para sus hospitales, y éstos los consagró a enfermedades infecciosas y de erupción: lepra, avariosis (usaremos el término de moda), sarna, tiña, etc., lo más asqueroso, lo que mayor heroísmo exige en el que asiste al doliente.

Un poco de historia

Con la Restauración, esa Orden volvió a levantar cabeza; pero sobre muy mal pie. No la restauró español alguno; fué un italiano, presbítero de dicho instituto, que había dejado su convento de Italia para militar en la facción ó guerra carlista última. Herido se refugió en un caserío, a cuyos dueños pagó el hospedaje seduciendo a cierta invidua de la familia. Salió expulsado de la casa, y no atreviéndose a volver a Italia, donde se le seguía un proceso, no recordamos si por adulterio ó por violación, vino a la corte el ingenio para ser recibido en la aristocracia tonta bajo la bandera carlista, y aprovecharse la aureola de herido por la santa causa, halló amigos y dinero para fundar el primer convento.

¿Un hospital de leprosos, como prescribe la regla? En manera alguna; eso no produce. El fundador, Benito Hércules Menni, que era un granuja muy listo, se dejó de reglas, comprendió que la aristocracia española no entiende de esas cosas y todo su afán consiste en multiplicar conventos a rosas y bellosos. Y adivinando que en las clases altas hay con frecuencia necesidad de declarar loco al que estorba, ideó el ladino bastardear el instituto de San Juan de Dios para convertirlo en Orden de locos, lo que no pasó ciertamente por la cabeza del santo granadino, creador de tan benéfico instituto.

En Roma, donde aprueban todo lo que produce dinero, dieron al canallesco Menni amplios poderes, y la transformación de la Orden hospitalaria en manicomera fué un hecho.

El canalla Menni, omnipotente.

Si aquí hubiese obispos de verdad y no unos perfectos mamarrachos, ambiciosos, ignorantes y cobardes, los prelados de Toledo y de Madrid habrían puesto al instante su veto a tan irregular fundador.

¡Eh, caballeros!, digo, gandules y ladrones, ¿que es esto? ¿San Juan de Dios fundó su Orden para administrar manicomios ó para las enfermedades que en la Regla dejó especificadas? ¿Quién les ha dado a ustedes facultad para esa variación, que no puede hacerse sin una bula especialísima del Papa? ¿La tienen? Venga... Y habrían impedido así muchos crímenes.

Pero si los obispos no cumplieron

con su deber, temerosos de Roma, los Gobiernos aún menos. Ninguno se preocupó, primero, de que en sí misma la Orden era aquí ilegal; segundo, de que, aun en el caso de tolerarla, no podía hacerse esto sino a condición de llenar los fines que le dan razón de ser.

Pues nadie se ocupó de tal cosa; es más, ni se enteraron del cambio fraudulento; creían que San Juan de Dios había fundado manicomios, y nada tuvieron que oponer. E poco tiempo Menni se hacía millonario, por complicidad criminal en muchas encofetadas locuras supuestas; los grandes señores le proporcionaron los locos de la Diputación de Madrid y de otras cuatro. Luego le obtenían el Manicomio de San Baudilio (Barcelona), que se transformó en una iniquidad y casa de secuestros. Menni prosperaba; le nombraron en Roma provincial, riñó con el obispo de Madrid Cos y Macho, al cual venció y humilló, debiendo ser él quien lo desenmascarase; pero el miedo al Vaticano...

Monjitas y escándalos.

Menni, mujeriego empedernido, no se contentaba con sus trapicheos entre devotas, y fundó monjas de una Orden que no las había instituido; así se creó un serrallo de bribonas y... no tardaron en surgir los escándalos; y gordos, muy gordos.

Pero éstos ya exigen otra información, que será prólogo de la serie de crímenes horrendos que por estas columnas van a desfilar y espantarán de asombro al público; estos crímenes ni los conoce ni ha podido rastrearlos, acaso ni imaginarlos, el Sr. Sanz Matamoros, vicepresidente de la Comisión provincial, que, informada sólo de delitos graves, ha decidido quitar á los frailes de Ciempozuelos lo único que puede, los locos de esta provincia. ¿Y qué es eso, si los crímenes van á continuar impunes en los de otras Diputaciones, al amparo del torpe empeño de Canalejas en proteger á la frailería?

EL RADICAL

Ni la fuente más risueña,
ni el canario más sonoro
cantan como canta un cura
cuando yeva un rico al joyo.

Limpieza sospechosa

Gzak, padre provincial de capuchinos de Austria, veía con dolor que los religiosos á sus órdenes se olvidaban de sus antiguas reglas, y que, entre otros malos hábitos, habían adquirido el de averse. Y no así sencillamente; ¡sino hasta con jabón!

Indignado, dictó una enérgica circular llamándolos á la santidad santa, y como si no. Las frailes continúan lavándose, perfumanse y peinándose la barba.

El provincial anda loco, sin acertar con el medio de volver sus capuchinos a la santidad, madre de todas las virtudes frailes, y origen de todas las pestes.

Comprendo su indignación: un fraile limpio es algo tan extraño, que hace

pensar en si el diablo anda en el ajo y les habrá inspirado la idea de lavarse para perder sus almas.

Si las tienen sucias y podridas, ¿por qué establecer ese contraste entre ellas y sus cuerpos? Y si por fuerza han de vivir juntos ¿á qué poner entre ambos una barrera de jabón?

Mediten esos currutacos de cerquillo en que la limpieza es incompatible con la santidad y no volverán á mojarse ni un dedo.

Esto, si no se aderezan con el propósito de hacerse gratos unos á otros, para parodiar en el convento escenas bílicas; pues en este caso me declararía incompetente para juzgarlos.

Nadie debe hablar de aquello que no entiende.

En este mundo reondo
quien mal anda mal acaba,
y er que vive como fraile
sale al fin por la ventana.

En los próximos presupuestos pueden los republicanos portugueses introducir grandes economías en la cantidad destinada al sostenimiento de las Inclusas.

Como ya no hay en todo el territorio frailes ni hermanas de la Caridad...

Esta gitana está loca,
quiere que la quiera yo;
que la quiera el pae cura,
que ya se me anticipó.

LA CUESTION DEL DIA

A las once, á la parada;
á las tres, al besamano;
por la noche á la retreta.
La verdad, parece nada
y carga ser miliciano,
¡repateta!

El ser católico ha traído siempre consigo una serie de inconvenientes tan conocidos ya de mis constantes y benévulos lectores, que más son para recordados que para repetidos.

El que se mete á católico, mejor dicho, al que meten á católico, le hacen sus padrinos el más flaco de los servicios con la mejor intención: desde el regalo de una pulmonía fulminante ó una ceguera sagrada, hasta la exposición de ponerle en el camino de llegar á la familiaridad de algún Arzobispo Metropolitano, que de tan peligrosa calificó el autor del celeberrimo epigrama. Porque no lo duden: refrescar á un chico de tres días nacido la tapa de los sesos con el agua bautismal, es poco menos que extenderle la partida de óbito, ó cuando menos, suscribirle á una oftalmía que le asegure de por vida el lazarillo.

Pero esto del dominio sobre su persona y sobre su bolsa, que se agencia el católico «in sacro fonte» en vida y en muerte, son tortas y pan pintado con las obligaciones que contrae con sus correligionarios bajo pena de excomunión mayor, «latæ sententiæ» y otras penas canónicas, hasta la relajación al brazo secular, que le conduzca entre

frailes dominicos á la santa hoguera inquisitorial, purificadora de relápsos.

¿Qué los vientos de la civilización, que los huracanes del progreso apagaron los sacratísimos fuegos donde se achicharraron tantos herejes? No se fíen; el catolicismo conserva en su farmacopea espiritual las recetas de quitar tibios ó disidentes de enmedio, y para no incurrir en cisma, herejía ni excomunión, no hay otro remedio que el de no ser católico, como para no marearse en la mar no hay como la sombra de un rino. A nadie lo echan de donde no en ra, y el que no comulga no puede ser excomulgado. No desprecien estos sabios consejos, que los hombres de mañana los apreciarán en su justo valor cuando se vean libres de la persecución del cura al casarse y al morirse, que lo harán, como pienso hacerlo yo, con la mayor tranquilidad, sin que venga el sacerdote á amargarme los últimos momentos con infundios y palabrería sin sentido, y á acrecentar la pena de mi familia con aparato de cirios, faroles y campanillas y ceremonias macabras, diciéndome: «Prepárate que te vas á morir en seguida», y luego me saquen el exhausto bolsillo, porque yo no pienso dejar, por si acaso, ni una peseta, con entierro, funerales, misas y otras socallinas que mantienen rozagantes á los presbíteros y á sus amas de gobierno. Tengo tomadas mis precauciones, y sin duda mis amigos evitarán que en mi cadáver se ceben los cuervos y aves de rapiña del catolicismo. He vivido luchando constantemente contra la mentira religiosa y tengo bien ganado el morir en paz.

Digo todo esto para consuelo y estímulo de las tres cuartas partes de los españoles, católicos, como yo, por sorpresa, y que como yo piensan y no se atreven a decirlo por un miedo infundado que irán perdiendo poco á poco.

A hablar así me convidan las circunstancias, lo que podemos llamar cuestión del día, que lleva consigo el verdadero carácter del catolicismo apartando los mítines, asambleas, protestas y peregrinaciones, una sagrada obligación que se nos vino encima con el espureo bautismal y que nuestros correligionarios hacen bien en exigirnos, señalando con el más denigrante sambenito á los tibios y disidentes, y pidiendo para ellos la marca del hierro al fuego.

Para ser católico, es decir, para cumplir con las obligaciones que nos impusieron por el bautismo, es preciso abominar de la libertad, execrar de la civilización y del progreso, combatir el Estado libre, renegar de la patria, entregarse en cuerpo y alma á un anarquismo celestial, proclamando una ficción de autoridad en prosa y verso,

Corazón santo,
tu reinarás.

Como quien dice: aquí no hay más rey ni más Roque que la Compañía de Jesús. Bien dicho: el que no se someta á tal rey, no puede, no debe ser católico.

Que me borren del padrón.

Por aquí han debido comenzar todos los anticlericales, sin excluir á los señores obispos, á los párrocos, á los periodistas, á cuantos han manifestado muy cuerdateamente su oposición á aceptar como carga y obligación del bautismo, el dejarse conducir por los Urquiza, los Güell, los Comillas, los Dalma-

cio, los Pareja, los jesuitas, los frailes y los cucainas de la Defensa social: por decir á esa trailla de desahogados, aunque obren por instigación del Papa: «¡Eh, caballeros! Que nosotros entendemos de otro modo el catolicismo; y á última hora, si eso de las protestas contra la autoridad constituida es el catolicismo, que nos den de baja, pues para lo que vamos perdiendo maldito si nos importa un comino echarnos fuera.»

No lo dicen tan claro los obispos, los párrocos, ni los fieles; pero bien lo dan á entender atizando la tea de la discordia para que sea completo el fracaso de las manifestaciones.

La corlura en el mismo cuerpo eclesiástico llega á imponerse, y son muchísimos los sacerdotes del alto clero los que discutiendo con lógica, se dicen: «Con nosotros no se mete el Gobierno; nos paga religiosamente; nos deja en la más completa libertad religiosa; más aún, sostiene nuestros privilegios y exenciones, sin que se trasluzcan propósitos de alterar en lo más mínimo nuestras tranquilas digestiones.»

¿Que se decreta la libertad de cultos? Como si no. A nosotros no nos desbancan ni los protestantes, ni los judíos, ni nadie. En España todo el mundo será siempre católico aunque no parezca ni un alma por la iglesia á confesar ó comulgar.

¿Que aclaran los frailes ó los ponen en la frontera? No caerá esa ganga. A nosotros ¿qué?

¿Que va á ser laica la enseñanza? Bueno. ¿Y nos van á rebajar por eso la paga? No, señor. Pues que secularicen hasta el agua bendita. Lo que es misas, entierros, funerales y bodas no faltarán; y si nos quedamos limpios de frailes, mejor que mejor.

Por lo mismo, ni protestamos ni nos manifestamos, ni le hacemos el juego á los carlistas, que si llegaran á mandar nos reventarían entregándonos atados de pies y manos al jesuita, al fraile y al obispo. Todos los curas lo saben: los más temibles de sus enemigos son los beatos, y más todavía las beatas.»

El sacerdote que se asocia á esas manadas de brutos verdaderamente católicos, ó es un necio, ó un hipócrita ó las dos cosas á un tiempo. En primer lugar, porque á quien menos le preocupa, y con razón, que yo, por no ir más lejos, me condene ó me salve, me lleve el arcángel San Miguel ó Pateta, es al cura; y en segundo, porque sabiendo y constándole que el Gobierno no trata de mermarle ni su libertad ni sus emolumentos, protestar contra sus actos, encaminados á fortalecer y robustecer sus funciones, librándole de presiones y de competencias, es inexplicable conducta, y más inexplicable aun que se deje arrastrar por gentes como las de *El Siglo Futuro*, á las que yo oí en cierta ocasión por boca de una pariente cercana de Nosedal decir á Luis Alvarada: «Nosotros tendremos pronto coche, á costa de los imbéciles de los curas.»

Y á D. Juan Vázquez Mella han oído éstos, que han de comer tierra, lo siguiente: «Lo menos creen los ignorantes de los obispos y los brutos de los curas que van á ser los amos en viniendo D. Carlos. Cuando D. Carlos venga, de dos puntapiés los metemos á todos en la Iglesia, que es el único lugar que les corresponde.

Y éstos y no otros son los términos de la cuestión del día; que con tanta protesta, tanta manifestación, tanta romería y tanta andrómida católica, vamos á concluir por renegar hasta de la hora en que nos bautizaron y por glosar aquello de:

Y carga ser miliciano
¡repata!

CANTA CLARO

Debajo de tu ventana
tengo un ochavo escondido;
no se lo digas al cura,
por que es ochavo perdido.

Comedia burda

Los jesuitas, como todos los frailes y todos los curas, dicen pestes de los protestantes, y los quemarian hoy si pudieran, como los quemaron ayer.

Y, sin embargo, ponen sus edificios bajo la bandera inglesa, para poder, cuando llegue el caso, asesinar desde ellos, bien á balazos, bien con dinamita, á los individuos del país católico en que residen, á pesar de llamarles sus hermanos en Cristo.

Se fían más de los que no piensan como ellos, que de los amantados á sus religiosos pechos.

La comedia está burdamente preparada. Lo lamentable es que no la silben los espectadores.

Er demonio son las purgas,
que no tienen religión;
igual pican á un impío
que á un ministro del Señor.

LA LIBERTAD RELIGIOSA EN JAPON

Han transcurrido veintiséis años desde que Japón pasó la esponja de la libertad de conciencia sobre la pizarra religiosa, y dejándola completamente limpia, dijo á sus habitantes: «Escribid aquí ahora el nombre de la creencia que más os agrade.»

El 10 de Agosto de 1884 es, pues, la más importante fecha de la historia de aquella nación, y de aquí á mil años será una de las más brillantes páginas del progreso humano.

Por espacio de diez siglos la religión del Estado había sido «Riobu Shinto», que es una combinación del Budhismo, Confucionismo y Shintoísmo; hasta que una hermosa mañana el pueblo despertó, encontrándose con que el Estado no patrocinaba religión alguna, y dejaba completamente libre y limpio el campo para la absoluta libertad religiosa.

Ese pueblo, que aún flotaba sobre las olas de la antigüedad hasta mediados del siglo XIX, había conquistado á muchos otros de la cristiandad con sólo un rasgo de progreso: con la libertad de conciencia.

Desde que esta medida fué dictada por el Japón, hace un cuarto de siglo, no ha habido persecución alguna por

motivos de creencia en aquella tierra del «Cerezo florido» contra ninguna secta.

Ningún gobierno se atreve allí á monopolizar religión alguna. Por las leyes del imperio, cualquier hombre puede adorar libremente al Sér Supremo en la forma que mejor le cuadre, sin preocuparse para nada de lo que piensen los demás.

En España nunca podremos llegar á ese grado de civilización.

La intolerancia no está aquí en las leyes, sino en las costumbres.

Y precisamente por que nadie cree en nada, todos necesitan aparentar que creen, persiguiendo y esterminando á los que no piden á la hipocresía patente para fingir una creencia.

Quien de alpargatas se calza
y le presta á un cura cuartos,
se quedará sin monises
y siempre andará descalzo.

Libros en venta

Á PESETA

«La religión al alcance de todos», por R. H. de Ibarreta (edición 33).

«Las ruinas de Palmira», por Volney, seguida de «La ley natural», del mismo. «Espejo moral de clérigos», recopilación escogida de los célebres «Manojos de flores místicas», publicados por «El Motín».

OBRAS CON REBAJA DE PRECIOS para dedicar su producto á la propaganda «anticlerical».

DE TRES PESETAS, Á UNA

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

DE DOS PESETAS, Á CINCUENTA CÉNTIMOS «Lo que no debe decirse», «Garrotazo limpio», por Nakens.

DE CINCO PESETAS, Á UNA

«Moral jesuítica», por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

DE DOS PESETAS, Á SETENTA Y CINCO CÉNTIMOS

«La religión natural», «El testamento», por el cura Juan Meslier.

DE SESENTA CÉNTIMOS, Á VEINTICINCO

«A dónde conduce el socialismo», por Eugenio Ritcher.

DE UNA PESETA, Á TREINTA CÉNTIMOS

Teatrales, de Nakens

«Dios, patria y rey», «¡Ojo al Cristo!», «Y dice el sexto mandamiento».

«La sima de Igúzquiza», por Alejandro Sawa.

«La serpiente negra», por Gabriel Merino.

NOTICIA FALSA

El día 11 del corriente publicó *Heraldo de Madrid* este telegrama:

«París, 11 (3, t.)

Un boletín extraordinario de *L'Eclair* ha producido honda emoción en todo París.

La gente arrebatada los ejemplares; en las terrazas de los cafés y bars comenta el público las noticias de dicho periódico, que son, desde hace veintiocho horas, las primeras que llegan de Lisboa directamente.

L'Eclair acoge con reservas y sólo á título de información un cablegrama expedido desde Lisboa por la vía Berlín, en el cual se dice que cuando los jesuitas expulsados por el Gobierno se encaminaron á la estación á tomar el tren, la multitud, excitada por los acontecimientos de estos últimos días, por las bombas lanzadas desde los conventos contra las tropas y por la persistente predicación de algunos anticlericales exaltados, invadió la estación dando muerte atronadores.

Las tropas de Marina y de cazadores que el gobernador de Lisboa, Sr. Leao había enviado como escolta de los jesuitas, fueron insuficientes para contener la rabiosa agresividad de algunos grupos.

En tan crítico instante, y como las órdenes de las tropas de proteger á los jesuitas expulsados eran terminantes y enérgicas, uno de los oficiales pidió por teléfono refuerzos al arsenal de Marina y al Gobierno civil. Entretanto los muertos arreciaban, y los grupos, rompiendo puertas y cristales, se derramaban por los andenes, esgrimiendo furiosos pistolas y cuchillos.

Los soldados, obedeciendo á sus jefes, prepararon sus armas para rechazar á la multitud; los jesuitas, que iban todos en traje de paisano, intentaron sumarse á las tropas y vender caras sus vidas. Pero todo era inútil. Los grupos engrosaban incesantemente. Se oían voces acusadoras y terribles: ¡Mueran los jesuitas! ¡Mueran los asesinos del Ejército! Una ola formidable arrolló á las tropas y el degüello de los jesuitas fué general.

Algunos defendiéronse con pistolas Broowig; otros intentaron huir, escondiéndose en los vagones y en los almacenes; pero la multitud, desparramándose por los andenes, los perseguía con saña indecible, registrando uno á uno los vagones, escudriñando tras las mercancías del almacén, cazándolos en todas partes, hasta el exterminio.

Propagado el rumor por la ciudad, y á pesar de que el gobernador había dispuesto el envío de refuerzos, nuevos grupos se echaron á la calle, llevando latas de petróleo y gritando furiosamente: ¡Mueran los frailes! ¡Mueran los asesinos de las tropas!

En un instante, cada convento vióse rodeado de una multitud que, rociando los muros con petróleo, pególes fuego á todos, entre muertos atronadores. El Gobierno ha sido impotente para frenar la matanza de los jesuitas y el incendio de los conventos, porque varios piquetes de infantería y algunas secciones de caballería que, por orden del gobernador de Lisboa, habían salido para auxiliar á la escolta de los jesuitas, fueron rodeados por la multitud

que les dificultaba el paso, entre vítores al Ejército y muertes á los frailes.

L'Eclair hace constar que entre los ministros han producido las matanzas y los incendios impresión profunda, y que, de confirmarse en todas sus partes el anterior despacho, la República habrá nacido entre hogueras.

A la mañana del día siguiente me leyó Pey Ordeix el artículo que había escrito al acabar de leer este telegrama, y lo envié á la imprenta.

Ya compuesto, se desmintió la noticia y convinimos en no publicarlo; pero al volver hoy á leerlo, he entrado en deseos de que los lectores de *EL MOTIN* lo saboreen. ¡Es tan magnífico, y expresa con tal intensidad lo que el autor sintió al escribirlo!

Por lo tanto, allá va, seguro de que será leído con admiración y entusiasmo:

Los beneficios de Dios al pueblo

A los jesuitas españoles

A vosotros os hablo para que no os oigáis, fatuos hijos de Loyola, cabezudos de la civilización, bufones del cristianismo, mascarones de la humanidad; á vosotros escribo, sabiendo que no me leeréis ó que rasgaréis furiosos este escrito si cayese en vuestras manos.

Acabo de leer el relato del degüello de vuestros cofrades que está haciendo en Lisboa el pueblo portugués, y el incendio con que extermina vuestras residencias.

Y ante este relato trato de emocionarme, de condolerme, de moverme á compasión y á lástima, y no acierto; hallo cerrado para vuestras desgracias el cauce de las lágrimas y necrosados los órganos de la ternura.

Inútilmente me esfuerzo en imaginar que entre los degollados pueden hallarse los padres Ramón Lloberola, Compte y Vicent, Corominas, Albiñana, Romeu, Escaler, Serra y tantos otros colegas y discípulos; en vano intento excitar mi lástima queriendo ver entre los acosados por las iras populares á los padres García Frutos, García Alcalde, Urrutia, Conde, Lasquibar, Mata, Hidalgo, Rubi, Puiggrós, Solá, Adroer y otros á quienes profesé verdadera estimación.

Yo, que ayer, al recibir la noticia del suicidio de vuestro exalumno de Manresa, Carlos Grau Latorre, sentí añudarse la garganta y temblar mis piernas; yo, que al llegar á la redacción de *El País* me sentí congestionado á la noticia de la denegación de indulto de Ferrer; yo, que no supe sentir la indiferencia á la menor desgracia, que me sentí ultrajado con todos los ultrajados, enfermo con todos los enfermos, loco con todos los locos, ¿cómo es que ante el relato de vuestro degüello siento invertida mi naturaleza y trastornado mi instinto?

No es que os considere como fieras, porque lástima he sentido del encarcamiento de las fieras en el Jardín de Plantas de París, é indignación me ha causado el hombre al ver pasear por las calles el oso encadenado.

No es que os considere como demo-

nios, pues al meditar sobre la desgracia del demonio y la persecución eterna é incesante que sufre de parte de un Dios omnipotente que podría aliviar su dolor y no lo alivia, he sentido poseído de piedad y de horror ante la crueldad divina, que confirma sus enemigos en la maldad impidiéndoles el arrepentimiento, para tomar pretexto de castigarlos.

¿Es que vosotros sois peores que las fieras y peores que los demonios cuando sus penas me duelen y sólo las vuestras me son insensibles?

Ya lo sé. Es que sobre las pupilas de mis ojos la experiencia ha tejido una catarata en la cual veo el complot de A'roer, Puiggrós y La Rua, en la calle de Caspe, el 18 de Enero de 1899, fraguando contra mí el plan de persecución jesuita. Veo en la catarata la *Compañía de Jesús*, con su general Martín, con sus provinciales, con sus profesos y sus ciegos esclavos, imaginando tramas para perderme con sus calumnias, infamias, inyecciones, perfidias, compras de amigos, traiciones de domésticos, sobornos de *Mementos*, ajuste de barateros y comprometedores de médicos, buscando el modo de acabar conmigo, induciendo al médico á propinarme el veneno en la medicina, al matón á darme una puñalada, al policía á tenderme lazos, á los domésticos á tejer infamias, á vuestros devotos á propalar calumnias, á vuestros oradores á insultarme... á matarme, en fin, con aquella *muerte jesuita* que mata con feroz morosidad, primero la vida social, luego la vida civil, luego la vida moral y por fin la vida física, cortando uno por uno con vuestros afilados puñales los hilos de todas las vidas.

En esas cataratas veo al pobre Verdguer escarnecido por vosotros, infamado, declarado loco, encerrado, atropellado, expoliado, hecho un mendigo, caer enfermo y morir la *muerte jesuita*, en suplicio de días, semanas, meses y años, sin que os hayáis sentido movidos á lástima, sin que jamás hayáis llevado un vaso de agua al se liento febril, ni un bocado de pan al hambriento extenuado, insultando con alharacas, bravuconadas y risas las contorsiones del afligido.

En esas cataratas veo á vuestros Gioberti, Curci, Mir, Passaglia, Tyrrell y Rojas, asesinados por vosotros en sus honras, en sus carreras, en sus relaciones sociales, en su crédito, en todas aque las vidas á donde ha podido llegar vuestra garra implacable.

En esas cataratas veo á Pietrasanta, Clemente XIV, Palafox, Contreras, Lammenais y Quesnel, odiados por vosotros con odio infinito; perseguidos con persecuciones inauditas, por el delito de ser santo; enfurecidos contra ellos por sonrojar con sus virtudes vuestra maldad; por desenmascarar con la sencillez de su santidad la perfidia de vuestra hipocresía. Y han pasado cincuenta, ciento, doscientos y trescientos años pidiendo justicia y misericordia, sin haberlos movido á misericordia ni á justicia; matándoles de nuevo cada día en vuestra intención; vomitando el veneno de vuestra maldición sobre sus tumbas; resucitándolos á la memoria de las gentes para volverles á difamar, calumniar y matar...

En esas cataratas veo las guerras y matanzas provocadas por vuestras predicaciones pérfidas; veo los infelices á quienes convertisteis en regicidas, asesinos, envenenadores, detractores, canallas y criminales; veo abitidas ó desesparadas las familias por vosotros destrozadas, robando á los herederos sus haciendas, á los padres sus hijas, á éstas su honor, y á todos la dignidad, la paz y la alegría; veo vuestros rencores mutuos, vuestros odios intestinos, vuestras inquisiciones malignas, vuestras delaciones infames; veo las víctimas de vuestras quiebras, los empobrecidos por vuestras estafas y los arruinados por vuestras competencias; veo vuestros millones, captados ladinamente de viejos mentecatos y de viejas lujuriosas; veo cómo lleváis cuatro siglos arrancando las entrañas á los padres para que arruinen á sus hijos, arrancando el corazón á los hijos para que abandonen á sus padres, arrancando la conciencia á los pueblos para que asesinen á sus soberanos, arrancando el cerebro á los soberanos para que tiranicen á sus pueblos; veo la falsedad de vuestra mogigatería, el artificio de vuestras seducciones, el sofisma de vuestras doctrinas, el cinismo de vuestra prociadad, la ruindad de vuestras almas, la dureza de vuestros sentimientos, la incorregibilidad de vuestros instintos criminales...

Veo... os veo á vosotros contemplar ese panorama de asquerosidad asfixiante, de deshonestidad insufrible, de horror sobrehumano, de llanto y de miseria sin fin... y responder á tal cuadro terrorífico con vuestra *risa jesuita*, con piruetas mogigatas, sintiendoos satisfechos y orgullosos de vuestro poder y de vuestra obra de devastación, jurando proseguirla hasta la consumación de los siglos y juramentándoos para no cesar en tal empresa...

Y detrás de estos velos tan negros que forman las cataratas de mis ojos, ¿cómo que éis que vea vuestro dolor y deje de ver la satánica crueldad con que habéis fabricado el dolor del mundo? ¿Cómo queréis que vea vuestra sangre, á través de estos ríos de sangre ennegrecida por la amargura y coagulada por el fuego de vuestro odio? ¿Cómo queréis que oiga vuestros alaridos, detrás del trueno del dolor universal de vuestras víctimas?...

Para poder ver vuestra desgracia, sería preciso arrancar estas cataratas tejidas por el furor de las desgracias en que vosotros os habéis complacido; mas, ¿cómo arrancarlas, si me las habéis clavado con los alfileretazos de vuestro aguijón y con los saetazos de vuestras diatribas? ¿Cómo extraerlas, si sobre ellas han solidificado las sales del chorro de lágrimas de diez años; si esas raíces llegan á to o el organismo y forman tejido á mis nervios?...

¿Qué queréis que os diga ahora, ante vuestro degüello, á vosotros, que habéis hecho baile y danza alrededor de las víctimas por vosotros degolladas?

Ya sé lo que debo deciros. Me lo pone en la boca el libro del P. Eduardo María García Frutos, en el capítulo sobre los *Beneficios de Dios*.

Allá el buen jesuita da gracias á Dios por el beneficio de las riquezas de la Compañía, *robadas al pueblo*; por el poder de la Compañía, recabado con astucias y maldades; por la *omnipotencia* y

terribilidad fundadas en sus maquinaciones infernales y en su criminalidad impune.

He aquí resuelto un grave caso de conciencia: el *maleficio en la Humanidad* es el *Beneficio de la Compañía*; y al dar gracias á Dios por tales beneficios, resulta que se las dais por aquellos maleficios. Imitemos á los santos Padres Jesuitas: demos gracias al Señor por hacer á la Humanidad el BENEFICIO de librarnos del maleficio jesuita. El exterminio del ladrón es un *beneficio* para el robado. Vuestros moralistas nos enseñan que podemos muy bien alegrarnos del mal ajeno que nos sirve de provecho, no por el daño ajeno, sino por razón de nuestra utilidad. ¡Distinción preciosa para aplicarla á los jesuitas!...

Quiero llorar y no puedo... ¡Cómo habéis endurecido mi corazón!

Querría llorar, viendo el error que habéis padecido abusando temerariamente de la bondad del pueblo liberal creyendo que vuestros crímenes acabarían con un destierro que os permitiera ir á continuar en paz las orgías de vuestros lupanares en compañía de los millones puestos en salvo... Los millones se han salvado hasta aquí: vosotros sois los perdidos.

Querría llorar, viendo que entre los degollados hay Padres idiotas, Novicios imbéciles y sujetos inconscientes, que, sin embargo, se aprovechaban buena mente del fruto de vuestra rapacidad; pero ¡ay! no llego á ver esos inocentes, y sobre ellos veo al idiota Clemente García y á los mil inocentes encerrados en cárceles mortales por vuestra ferocidad espantosa.

Querría convencerme de que son ciertos los hechos en vuestro elogio y defensa que cuentan vuestros periódicos; querría convencerme de que practicabais realmente la castidad, la pobreza y la obediencia á las leyes; pero ¿cómo podré creerlo mientras no resciten los soldados asesinados por vuestras bombas; mientras subsistan las cuentas corrientes de vuestros bancos; mientras no paran ángeles ó diablos las monjas salidas embarazadas de vuestros conventos?...

Querría llorar, y no puedo.

Tampoco vosotros acertáis á llorar ni á pedir misericordia.

Tan malvados os sentís y os reconocéis, que no habéis imaginado ser posible que un Esta to liberal os perdonase las vicias.

Tan inmerecidas creáis tenerlas, que al ir el ejército á vuestras casas para custodiaros, vuestra conciencia de criminales de muerte os ha cegado y no os ha dejado ver y creer en la magnanimidad del enemigo, y con bombas de dinamita habéis forzado al pueblo á exterminaros. Vosotros os habéis condenado á muerte cuando vuestras víctimas os absolvían.

¿Cómo llorar yo, si vosotros no lloráis?

Querría llorar, y no acierto... no puedo... Habéis hecho mi corazón duro como el vuestro... ¡Me habéis pervertido y corrompido, maestros corruptores y perversos! ¡Corruptores de vuestros devotos, á quienes hacéis insensible el dolor de vuestros enemigos; corruptores de los mismos enemigos, á quienes

forzáis á ser insensibles á vuestros dolor!

¡Me habéis corrompido, malvados! Vuestra maldad ha infiltrado en mi alma el veneno de la amargura inmensa destiladora del odio... Si por primera vez en la vida siento el maldito aliento de este veneno...

¿Qué diréis ahora, sofistas, de los designios de Dios? ¿Qué diréis de El, al ver que os visita con la cuchilla y llamas con que siempre purificó sus templos, cuando dejaron de ser *casas de oración* y pasaron á ser *cuevas de ladrones*? ¿Qué diréis de El y de su bondad? Porque, si le *glorificábais* cuando os colnaba de *beneficios* con maleficio de los pueblos, ¿no le blasfemaréis ahora al ver que os abandona á vosotros mismos?

Defendeos ahora, soberbios omnipotentes... pedid socorro á los millones enterrados en los Bancos; paraos detrás de vuestros castillos; refugiaos en vuestras cavernas; acorazaos detrás de las monjas que habéis embarazado; apelad á vuestras intrigas; sacad vuestras hipocresías; predicad la *inmortal Compañía*; reid el envenenamiento de los Papas; ensalzad á Ravaillac; pasead en mascarada á Palafox entre borracheras y danzas; moved vuestra *Defensa Social*; gritad *¡muerte y exterminio!*; no deis cuartel en vuestra guerra...; enredad el mundo; destrozad familias; vestíos de fariseísmo...; sed *jesuitas incorregibles*... que ¡ay! todo eso se necesita para que las almas generosas de vuestras víctimas os lleven al entierro sin verter una lágrima...

La Rua: ¿Dónde está tu cinismo y osadía?

Solá: ¿Dónde tu invectiva insolente? Adroer: ¿Dónde tus *Mementos* y *Nelos*? ¿Dónde tenéis escondidos los milagros de vuestros dioses nefandos?

¡Todo inútil!... Vuestras víctimas resucitan; vuestros secretos se divulgan; vuestro poder se desvanece... La obra del vizcaíno Loyola y del mallorquín Nadal, llega á su término.

Y al entreverlo no sé si llorar, y aun me siento tentado de dar gracias especialísimas á Dios por haberme dejado ver inaugurado el cumplimiento de la profecía del hermano Rufino:

El fin de la Compañía: EXTERMINIO. ¡No... no quiero reír sobre el dolor ajeno!... ¡Enseñadme á matar esta risa, vosotros, mestifófeles del dolor humano...!

S. PEY ORDEIX

Tu mare no ha sío güena,
tú tampoco lo serás:
tienes todos los instintos
de tu pare el magistral.

Illegalidades

La guardia civil de Villanueva de la Sierra detuvo á Manuel Muñoz Caballero por vender los *Folietos* y las *Hojitas pídoras*.

Llevado á la presencia del juez municipal, éste le ordenó que no las vendiera en adelante.

Ni ese juez ni ninguno tiene derecho á prohibir que se vendan esas *Hojitas* publicadas en Madrid con todos los requisitos legales.

Yo aconsejaría á los atropellados que se amparasen de la ley para reclamar contra los jueces y monterillas que prohibiesen la circulación de las *Hojitas*, y mas para qué, sabiendo que aquí toda autoridad se pasa la ley por bajo de donde le acomoda?

Lo que sí diré á los que las venden ó reparten, es que las *Hojitas* son perfectamente legales, y que no cometen delito alguno al hacerlas circular.

Aunque sí, cometen uno: el de contribuir á que España se ilustre y se disponga á hacer con los frailes lo que han hecho en Portugal.

Si las piedras de la caye
tuvieran conocimiento,
al pisarlas cualquier cura
le maguyaran el cuerpo.

Una consulta

Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío: Poco tiempo há pedí á usted su retrato, rogándole que me lo dedicara, como así lo hizo, en atención á que mis hijos no estaban bautizados y prometiéndole que no lo serían mientras ellos no lo pidieran, rindiendo así culto al ideal de toda mi vida.

Pues bien, he faltado á mi palabra, y lo que aun es más sensible, traicionando mis más arraigadas convicciones. ¿Cómo? Ahora va usted á oírlo y luego júzgume usted.

Mi compañera, la madre de aquellos pedazos de mi corazón, á quien creí curada de fanatismos religiosos, pues desde que se unió á mí no volvió á pisar la iglesia, se hallaba convaleciente de terrible pulmonía. El médico que la asistió pronosticó tan mal, que si no á mí (que por algo me conoce), dijo á mi madre, creyente, que la viaticaran, pues se moría.

De cuántas personas cuidaban y velaban á la enferma, sólo una, mi madre, se atrevió á comunicarme la triste noticia, suplicándome que cediera y permitiera la ceremonia para mí tan repugnante como inhumana y brutal. Resistí los ruegos de mi madre cuanto pude resistirlos en trance tan apurado, y cedi cuando me hizo comprender que aquella infeliz, próxima á exhalar el último suspiro, había revelado no estar completamente curada de prejuicios religiosos, ya que deseaba merecer de mi una gracia, la última, y era que la permitiese bautizar sus hijos antes de morir.

Corro á la cabecera de su lecho para enterarme de si era cierto lo que se me decía, pues ya no me merecía crédito nadie, y con una dulzura y frases que no olvidaré jamás y que me hicieron derramar lágrimas, me repitió lo que ya mi madre me había dicho, rogándome que la ceremonia se verificase allí, cerca de su lecho.

Yo, que había resistido orgulloso y altivo los desdenes del vecindario moigato, que es la mayoría, y que me envanezco de ser el único en la localidad que no oculto la cara y erostro las iras de los eternos enemigos del progreso, la clerigalla ruin, que no vacilé en ponerme en disidencia con unos padres á

quienes adoro, negándome á seguir en sus creencias, fui débil á los ruegos y deseos de una moribunda, compañera fiel y cariñosa, madre amantísima, y no tuve valor para dejarla morir con aquel deseo incumplido.

No presencié la ceremonia; me ausenté el tiempo que consideré duraría, y cuando volví á casa me enteré de que también la habían reconciliado con Dios, ese sér imaginario que tan bien saben explotar los farsantes sacerdotes de todas castas.

Puede usted, D. José, hacer el uso que quiera de estas torpes líneas, rogándole pronuncie el fallo que le merezca la conducta del que aún se atreve á llamarse su correligionario y lo es de corazón.

PEDRO CAO PRIETO

Júbia 8-10-910

Sr. D. Pedro Cao Prieto:

Muy señor mío y de toda mi consideración: Me siento desarmado para juzgar el acto que me refiere. Todo lo intransigente que soy con los que inspiran los suyos en móviles interesados, ó ceden por cobardía, me trueco en to'erante con los que ceden á debilidades del sentimiento.

Sigue usted siendo para mí tan digno de aprecio como antes; como siguen siendo objeto preferente de mi indignación, los miserables que se aprovechan de los momentos angustiosos de la vida del hombre, para herirle en lo íntimo de sus convicciones.

Salud para criar á esos pobres niños cazados por la Iglesia junto al lecho de muerte de su madre, y edúquelos de modo que se olviden pronto de que están bautizados. El bautismo de por sí, nada significa. La prueba es que yo estoy bautizado. Y ya ve usted...

Agradeciéndole que me haya consultado, me repito suyo affmo. amigo,

JOSÉ NAKENS

Usted la da de persona;
bien podrá ser que lo sea,
pero me huele usted á cura
como un marinero á brea.

"La Palabra Libre"

Con este título va á publicarse en Madrid un periódico republicano. El comité de relación lo componen los señores Juan Guixé Audet, Eduardo Barriobero y Herrán, Pablo Nogués, Francisco Escola, J. Alvarez del Vayo.

En el prospecto dicen:

«Brevemente publicaremos *La Palabra Libre*, periódico que aspira á condensar en sus columnas las aspiraciones más íntimas de España: á influir en la cultura, balbuciente aún, de nuestro pueblo; á defender toda iniciativa que tienda al avance progresivo de la humanidad.

La sociedad española es fundamentalmente cursi; hay entre nosotros varias instituciones sacrosantas; estas instituciones no detendrán nuestra pluma; seremos irrespetuosos é iconoclastas.

La claudicación no ha logrado penetrarnos todavía. Concretamente, *La Palabra Libre* se ha trazado un programa, que irá ampliando—sin retroceder nunca—conforme las circunstancias de la realidad demanden.»

Y á continuación enumera las reformas, radicalísimas todas, que defenderá el periódico en el orden político, en el social, en el económico y el religioso, haciendo á la vez campaña ruda contra el caciquismo.

Les deseo todo el buen éxito que sus intenciones merecen.

Doce gallinas y un gallo
nunca tienen desazones,
y dos amas con un cura
andan siempre á pescozones.

REMITIDO

Sr. D. José Nakens.

Estimado correligionario: El domingo último, día de feria en Villarroja de la Sierra, iba yo tranquilamente vendiendo *Folletos* y repartiendo *Hojitas* gratuitamente; llevaba ya repartidos algunos cientos de *Hojitas piadosas* é *Ignacianas*, cuando, de pronto, se me presenta la pareja de la Guardia civil, me recoge un puñado de *Hojitas* que llevaba en la mano, y me conduce, como á un malhechor, á la Secretaría del Juzgado de dicho pueblo; allí me registran minuciosamente, y queda depositado todo cuanto en mi poder encontraron: 25 *Folletos*, 50 *Hojitas* y 20 pliegos de *Granitos de oro* que no había distribuido. Inmediatamente me condujeron á un inundo calabozo, y allí permanecí como hora y media. Luego me condujeron otra vez á presencia del juez municipal, el que me prohibió que en lo sucesivo volviera á expender más *Hojitas* ni *Folletos*, entregándome solamente 10 pesetas 70 céntimos que antes me habían ocupado y reteniendo los *Folletos* y las *Hojitas*, por inmorales; pero al día siguiente, por medio de un oficio de dicho Juzgado, se me dió el aviso de que pasase á recoger las *Hojitas* y *Folletos* depositados, lo cual indica, que por mediación divina, sin duda, se habían vuelto morales en muy pocas horas.

Tengo que advertir que, tan pronto supieron la noticia de mi prisión los republicanos de Villarroja, especialmente D. Ricardo Agüero, D. Manuel Narvió y otros, se pusieron en movimiento, llegando á reunirse más de doscientos en son de protesta, decidiéndose á todo si no se me ponía en libertad inmediatamente, como así ocurrió.

Los doy las gracias, no tanto por mi libertad, como por haber visto en Villarroja de la Sierra lo que hace falta en otros pueblos.

De usted afectísimo seguro servidor,
MANUEL MUÑOZ CABALLERO
Torrelapaja.

Más quisiera en una plaza
á un toro bravo esperar,
que no á un cura que viniese
con los trastos de matar.

Las caricaturas

El mundo está lleno de conceptos falsos. La sociedad vive de falsas ideas. Por todas partes nos rodean la mentira y el error. Decimos todo esto, á propósito de caricaturas. Nos explicaremos.

La caricatura no existe. Esas innumerables y algunas veces graciosas «caricaturas» que vemos en libros y periódicos, no son caricaturas, aunque lo parezcan. Esos «caricaturistas» que han regocijado y regocijan al público, no son caricaturistas, aunque por costumbre les demos ese nombre. Son artistas muy observadores, retratistas fieles que ven la realidad á través de los artificios más hipócritas.

¿Comprende el lector lo que queremos decir? No pretendemos ni remotamente que en la naturaleza no se aparte nada ni nadie de los eternos tipos de belleza. Demasiado vemos cuántas exageraciones y cuán absurdas irregularidades alejan la humana forma, ó la desvían, del ideal aceptado, de la convención universal. Muy lejos de eso, tan convencidos estamos de la existencia propia de las anomalías, que no las tenemos por ficción, sino por realidad.

La caricatura no existe en la acepción común de esa palabra. Son tantas las caricaturas verdaderas, vivas y efectivas, que las tenidas por tales no son caricaturas.

En el mundo tiene realidad lo feo, lo deforme, lo grotesco; en lo físico y en lo moral encontramos lo ridículo; no sólo existen las deformidades, sino que lo regular constituye la excepción, y lo perfecto no existe. No es extraño, pues, que los caricaturistas hallen modelos por donde quiera que van, modelos vivos que comen, beben, pasean, duermen, peroran y nadan.

Lo bello es un ideal. Si existe en la realidad, es siempre una excepción.

Lo regular y correcto no abunda en ninguna parte. Pero son tan abundantes las caricaturas reales y vivientes, que no hay caricaturas.

El que quiera convencerse no tiene más que ir á un mitin popular, ó bien al Senado, y esto es mejor todavía, donde los abuelos de la patria, generalmente calvos, presentan al desnudo sus cabezas de pepino, denunciando su origen vegetal; serían inconsecuentes si no fueran tan proteccionistas... de la agricultura.

En un concurso de acreedores, en una reunión pública y en misa, vemos cabezas humanas que ya quisieran ellas parecer pepinos: las que acaban en punta como los pararrayos.

En las recepciones palatinas y en las solemnidades académicas, se encuentra cada mico, se ve cada lagarto y se tropieza con cada mastodonte, que no se le puede pedir más.

En los tribunales de justicia predominan las marmotas; en el ejército, los

elefantes, sin que falten ratones ni cer-nicalos.

En los picaderos, naturalmente, abundan los caballos.

Pero sobre todo, quien ponga en duda mi aserto, que se dé una vueltecita por una de las que llaman escuelas de natación. En ellas no todos aprenden á nadar; pero todos presentan afinidades sensibles con los animales marítimos y con las aves acuáticas.

Se cree generalmente que los caricaturistas son inventores de sus tipos extraños y fantásticos; se les tiene por creadores de sus monstruos quiméricos; se les juzga coleccionadores de rarezas y de mamarrachos. Es un error.

Los artistas, ya sean pintores, dibujantes ó escritores, que al parecer exageran las imperfecciones físicas del hombre, las aberraciones de los caracteres ó las contradicciones y rarezas del corazón humano, distan mucho de ser lo que se supone. Se les tiene por Prometeos, haciéndoles usurpar el atributo de que son pobres esclavos: no son creadores, son copistas. Su mérito consiste en apropiarse lo que todos vemos, en reproducir lo que existe en la naturaleza con visible realidad, en producir ilusión valiéndose del arte. Son hábiles y acreditados prestidigitadores, que escamotean en nuestras barbas y toman para sí lo que pudiera ser de todo el mundo, marcándolo con el sello de su personalidad por medio de un rasgo, de una línea ó de una frase.

Desde hace muchos siglos nos están engañando los caricaturistas de la naturaleza, y cada día nos engañan con nuevas caricaturas, nuevas ó viejas, que ni son nuevas las figuras de hombre con un pico de pájaro, ni los polichinelas pasarán de moda. ¡Cuántos de los que se ríen de un pasayo y de su piramidal corcova, descenderán tal vez de un corcovado ó tendrán algún día fenomenales nietos! Hemos visto jorobados, tuer-tos, bizcos, rengos, derrengados, y no solamente en las caricaturas. Sobran las deformidades, y no todas meramente físicas.

Resumiendo: lo que llamamos caricatura no es más que la historia del cuerpo y del corazón humanos. Este aforismo parecerá sentencioso, pero no es paradójico. ¿Se me pide la prueba? Desde el primer... Adán hasta el último de los monigotes contemporáneos nuestros, todos han sido ó son caricaturas.

Desde el principio del mundo hasta la hora presente, los que se enfadan se ponen como fieras, y el que enseña los dientes no es más que un jabalí. Por su parte los impasibles son pavos, sapos ó burros, según las circunstancias ó su temperamento.

Todos los oradores, al dirigirse á un auditorio cualquiera, puede comenzar diciendo: ¡animales!

Acabaremos, diciendo á nuestros lectores: ¡Adiós, caricaturas!

NICOLÁS ESTÉVANEZ

A propósito de misiones

Silbidos piadosos

Con el propósito de dar misiones llegaron á Benavente varios padres jesuitas, siendo silbados por el pueblo, que vitoreó á Canalejas, á la democracia, á la libertad y á la memoria de Ferrer.

El juez, que es clerical, trató de poner orden: pero fué «abucheado» también.

Los misioneros penetraron corridos en el templo.

No me explico cómo estos fulanos predicadores de la *Pasión y muerte* de Cristo, desaprovecharon la ocasión de acreditar con obras su vocación al martirio. En vez de refugiarse en el Santo templo, donde nada tenían que hacer, ¿cómo, no soltaron los sermones del buche á los silbadores?

A propósito de misiones: ya que entramos en la época, recuerden los amigos la eficacia que para convertir misioneros tienen las *Hojitas piadosas*, intituladas *La Santa Misión*, *Por qué no te confiesas* y la *Santa Comunión*. Son de efecto probado.

No prestes á un cura trigo
aunque le veas llorar,
ni cebada, ni otros granos
de consumo clerical.

Se tendrá presente

El Sr. Santiago, obispo de Santander, hablando de la rechifla que los anticlericales dieron á los carcundas el día 2 del corriente, dice á sus «Venerables hermanos y amados hijos»:

«Mas la lección no debe olvidarse; á fin de que, si llega otro caso, los organizadores de la manifestación adopten las precauciones necesarias para suplir el desamparo en que puede dejar á los católicos la autoridad pública.»

Lo que, traducido al lenguaje vulgar, quiere decir:

«Llevad revólvers, si no podéis llevar trabacos, é imitad á los jesuitas en Portugal.»

Comprendido, y lo tendremos en cuenta si llegamos á colocarnos en la situación de la República vecina.

Pensamiento

La firma teológica «Padre, Hijo y Espíritu Santo» está muy cerca de declararse en quiebra, por falta de clientes.

Cualquier hombre civilizado haría un Dios mejor que el «Señor Dios» de la Biblia.

Ese «Señor Dios» ha hecho cosas que no sería prudente que hoy las hiciese un hombre.

Los dioses salen del apuro en muchos casos en que un hombre iría á presidio.

L. K. WASKBURU.

CRIMEN ABOMINABLE

VIOLACIÓN Y CORRUPCIÓN DE UNA NIÑA DE SEIS AÑOS

En el convento de Santa Isabel, de Gracia, un monstruo ensotinado atropella bárbaramente á la niña Montserrat Iñiguez.—Las monjas la echan del convento después de consumada la infamia.—El gobernador, por cuya recomendación entró la niña en el convento, ruega á los periodistas que no hablen del asunto.

INDIGNACIÓN GENERAL

La infamia clerical que hoy vamos á relatar, subleva el ánimo mejor templado. No se concibe en un convento ni en una caverna un monstruo de tal naturaleza. Si inmediatamente no se depura el hecho y se castiga al culpable y á los cómplices, habrá que tomarse el pueblo la justicia por su mano, cayendo ésta implacable sobre los que toleraron y ocultaron tamaña vileza.

Lean esto los padres de familia y las mujeres, por preocupaciones que tengan. El amor á sus hijos nos unirá en un lazo estrecho para una acción eficaz. La protesta será formidable cuando se observe lenidad en el castigo.

En nombre del pueblo de Barcelona pedimos la inmediata clausura del convento de Santa Isabel, sito en la calle de Martí, núm. 18 (Gracia).

Si así no se hace, á nadie extrañen procedimientos justos de violencia inspirados por lo más sagrado que hay en la tierra y que ha sido objeto de vil corrupción por un ensotinado en complicidad con las monjas.

Basta de preámbulo. No demos suelta á nuestra indignación por tan bárbaro atropello, porque llegaríamos á decir que esta pluma, con que más que escribir rasgamos las cuartillas, debiera convertirse en tea que redujera á pavesas los edificios en que se refugian los sátiros con manteos y ejercen de alcahuetas repugnantes las que se denominan esposas de Jesucristo.

La denuncia

Ayer dimos cuenta de ella, pero á fin de que los hechos aparezcan ligados en esta información, vamos á reproducir el parte de la guardia municipal en que se consigna la denuncia.

Dice así:

«Ayer, día 12, á las diez de la noche, fué curada en el dispensario del Parque por el médico de guardia, una niña que dijo llamarse Montserrat Iñiguez Fernández, de seis años, hija de Francisca Fernández, viuda, habitante en el paseo del Cementerio, número 15, 2.º 1.º, por presentar estomatitis con grietas en ambos labios y además con algo decaído el labio inferior, congestión genital externa, critema rectal con dilatación del esfínter y escoriaciones de carácter traumático, de pronóstico reservado, ocasionadas, según manifestación de la paciente, por haberla violado un hombre dentro del convento de Santa Isa-

bel, sito en la calle de Martí, núm. 18, (Gracia), Siervas de la Pasión.

«Manifestando la madre de la niña que la tenía recluida en dicho convento y que el día 10 del corriente, por la mañana, recibió una carta firmada por la superiora, sor Visitación, en la cual le decía que por encontrarse la niña enferma que fuera á recogerla cuanto antes, y que la recogió sin darse cuenta de la enfermedad de la niña hasta la tarde de hoy; que al ir á reconocerla vió que estaba abierta de ambas partes.

«Del hecho se ha dado parte al Juzgado de instrucción.»

En casa de la víctima.

Anoche nos personamos en el Paseo del Cementerio, número 15, 2.º, 1.º, domicilio de la infeliz familia.

Es una vivienda mísera. Todos los corazones caritativos deben acudir á ella para convencerse de la infamia.

Francisca Fernández es viuda del inspector de policía Miguel Iñiguez, fallecido recientemente. Quedó abandonada á sus propias fuerzas, con cuatro niñas, dos algo mayores que trabajan en la fábrica de Rocamora contribuyendo al sustento de la desdichada familia.

Quedaban dos pequeñitas, Montserrat de seis años y Milagros de dos. ¿Qué hacer con ellas?

La pobre mujer, llorando, nos hacía esta pregunta dolorosa. Las exigencias de la vida la llevaban fuera de casa y no podía dejar abandonada á las tiernas criaturas. Recordando que su esposo fué inspector de policía, Francisca Fernández dirigióse al actual gobernador civil señor Muñoz, solicitándole que procurara el ingreso de las niñas en algún asilo. El señor Muñoz entrególes una carta de recomendación para la superiora del convento de Santa Isabel.

Se encargó de acompañar á las niñas su hermana mayor, Matilde, de 19 años. Montserrat y Milagros, en la dulce inconsciencia de su edad, aceptaron solo con alguna pena su cautiverio. Se convino con las monjas que sólo podrían visitar á las nuevas recogidas cada dos domingos.

Fué el 15 de Agosto cuando entraron en el convento.

En éste, sólo se admite á niñas menores de nueve años y á jóvenes en estado interesante que vayan á dar á luz.

Se trata, pues, de monjas niñeras y comadronas. Todos estos detalles nos

los contó la pobre viuda. Su dolor es infinito, llegando al paroxismo. Se trata de una mujer sencilla y lo que es más sarcástico... ¡religiosa! Creía de buena fe en la caridad y en la moralidad de todo lo que huele á religión. Sus preocupaciones han deshonrado á su hija.

La familia entera viste todavía de luto. El cuadro es desolador, no sólo por el llanto que á menudo brota de los ojos de los desdichados, sino por la escasez que se nota en la casa. Algunos vecinos compañeros, entre ellos un carabinero, acompañan en su dolor á la familia Iñiguez, procurando mitigarlo.

Pero ¿qué valen estas frases de consuelo cuando la realidad asoma por la boca llagada de la niña, quejándose de atroces dolores?

Habla la niña Montserrat Iñiguez

A un extremo de la mísera habitación, tendida sobre un catre, está Montserrat Iñiguez. Es muy hermosa, morena, de ojos expresivos.

Llama á su madre.

—Tengo frío.

Repite esta lamentación como un eco de su dolor.

¿Cómo explicaremos su estado? La pluma se resiste al detalle repugnante. Pero no hay otro remedio.

La boca de la infeliz criatura es una pura llaga. Con un pañuelo procuran limpiarla. El pañuelo está manchado de sangre y pus. La palidez del rostro le da un aire de sufrimiento que conmueve. No puede moverse. Está clavada en el catre, con las piernas abiertas, quejándose siempre.

A nuestras preguntas contestó que una noche, hallándose en el dormitorio destinado á las recluidas, se acercó á la cama un hombre gordo, afeitado completamente.

La habitación estaba sumida en la obscuridad. Las demás niñas dormían. El hombre misterioso la dijo con suavidad.

—Oye, niña, vuélvete, que voy á darte una lavatiba.

La pobre criatura obedeció. Recuerda que sintió mucho daño, pero no pudo gritar... la obscuridad... el silencio. Quedó rendida, muerta, con las partes sangrando.

Después el monstruo la dijo:

—Estarás cansada. Toma agua.

La niña abrió la boca. Dijo que sintió que en ella entraba un dedo muy gordo

(textual). La boca le quedó completamente mojada.

Fuése el monstruo. La pobre criatura, llena de dolor, sin comprender la infamia que acababa de cometerse en todo su cuerpo, no pudo dormir; sentíase enferma.

Las monjas la echan.

El lunes último, en casa de la familia Iguíez recibieron la siguiente carta.

«Señora Matilde Iguíez.

«Gracia y Octubre 9 de 1930.

«Muy apreciada en el Señor: espero de su bondad que en seguida de recibir la presente vendrá en la calle de Martí, 18, Gracia.

«Sobre todo venga usted pronto, porque urge mucho.

«La encomienda en sus oraciones s. s. — Visitación, sierva de la Pasión.»

Esta carta iba dirigida á la hermana de la víctima, que fué la que llevó las niñas al convento.

Temiendo hubiera ocurrido algo, fueron madre é hija al convento. Llegaron á las nueve de la mañana. Las hicieron esperar hasta las once en que les fué entregada la niña. Al verla con la boca llagada, preguntaron á la monja.

—¿Qué tiene la niña.

—Nada—contes ó la repugnante alcahuete a.—Es un desarreglo del vientre. Dénle una purga.

—¿De veras es eso?

—Sí; el médico de la casa ya la ha reconocido y dice que no tiene nada de particular.

Cómo se descubrió la infamia

Una vecina, llamada Juana, observó que Montserrat, ya en su casa, tenía grandes dificultades para sentarse.—Son unos granos que me duele mucho—contestó la niña. Inmediatamente mandaron aviso al Dispensario de Pueblo Nuevo. En vez del médico de guardia, compareció el auxiliar. Reconoció á la niña y dijo:

—Esto no es una violación. Como en los conventos se comen manjares picantes, se habrán irritado los intestinos. La madre le dijo entonces:

—Es que presenta todas las señales de venéreo. Fíjese en la boca y en las partes genitales.

El auxiliar facultativo siguió negándolo. ¡Cómo están, señor alcalde, los dispensarios! El galeno marchóse diciendo que se trataba de una gástrica.

¿Fuga de la superiora?

Anoche corrió el rumor de que la superiora del convento de Santa Isabel, temiendo las responsabilidades que pudieran derivarse por ese acto inculcable, había desaparecido, ignorándose su paradero.

¿Qué hace el Juzgado?

Instruye el sumario por violación, estupro y corrupción el Juzgado de primera instancia del distrito de la Concepción.

Anoche, á las once, cuando nosotros nos retirábamos de casa de la familia Iguíez, todavía no se había presentado el Juzgado. Sólo compareció el médico para dictaminar.

Si se tratara de un delito político, el fiscal ya intervendría, el gobernador habría sacado á la calle la Guardia civil y estarían presas hasta las ratas.

Por ahora el gobernador se ha limitado á rogar á los periodistas que no dijéramos nada sobre el asunto.

¡Señor gobernador!...

A una hermana de la víctima el gobernador entregó ayer diez pesetas, diciendo que se quiería socorriéndola. Además manifestó que sacaría del convento de Santa Isabel á todas las niñas que están allí por su recomendación.

Trabajos de zapa

Una de esas beatas cotarronas que pertenecen á la cofradía de San Vicente Paúl, fué ayer á casa de la familia Iguíez y dijo á la desolada madre:

—Sobre todo, que no haya escándalo. Debemos evitar que trascienda lo ocurrido. Le aconsejo que visite al párroco de Pueblo Nuevo. El la consolará y socorrerá. ¡Por Dios! ¡por Dios!... Que no se sepa... Que no haya escándalo.

Si vuelve la echarán á puntapiés por la escalera.

Resumen.

La niña vuelve á lamentarse:

—Mamá, tengo frío.

La madre llora. Los vecinos desbordan en nosotros su indignación y añaden detalles que no publicamos porque nos parece bastante lo dicho.

El aspecto de la habitación es desgraciado. Salimos impresionados, ofreciendo á los desdichados las columnas de *El Progreso* para que no quede impune este crimen abominable.

Estado grave.

La niña está muy enferma, gravísima, temiéndose un fatal desenlace.

Reina en toda Barcelona extraordinaria indignación.

Esto dijo *El Progreso* de Barcelona el día 15.

El 16, se confirmó la fuga de la superiora.

Y que las monjas, atemorizadas, reclamaron fuerzas de la Guardia civil, para custodiar el convento.

Y que las mujeres se llevaban sus hijas.

Y que los médicos declaraban que la violación databa de muchos días.

Y que la niña continuaba grave.

Y que los clericales trabajaban furiosamente para echar tierra al asunto.

Y que la indignación en los mercados era grandísima.

No hay más noticias al cerrar este número en la tarde del lunes.

En el número próximo pondré al corriente á mis lectores de todo lo que entonces haya resultado.

Me han dicho que tienes otra, no lo niegues ni lo excuses; sé que la entregas los cuartos que las misas te producen.

Mala sombra

Acompañados de beatos, beatas, y otras gentes inferiores, los curas de la Guardia (Pontevedra) subieron al monte de Santa Tecla á decir misa en honor de la santa del mismo nombre.

Terminada la ceremonia religiosa, los unos se dedicaron á contemplar el hermoso panorama quedándose aquella altu-

ra se divisa, y los otros á tirar al blanco con escopeta.

Una niña de diez años, nieta del sacristán, queriendo ver mejor, se subió á una cruz; caen al suelo los brazos del símbolo cristiano y queda aplastada la infeliz criatura.

Hay que huir, amados lectores, de las cruces; su influencia va resultando desastrosa; lo mismo son destronados los reyes que á su sombra se cobijan, que asesinados los vasallos que se acercan al edificio donde se alza enhiesta, que aplastadas las niñas inocentes que sobre sus brazos se encaraman.

Antes, cuando se decía que detrás de la cruz estaba el diablo, no resultaba la cruz tan maléfica. Pero desde que está detrás el jesuita, ¡vade retro!

Quando paso por la iglesia no me puedo contener, y digo para mí sayo: ¡qué bodega ó qué cuartel!

¿Qué es un devoto?

¿Cómo se hace un devoto? ¿Cómo se convierte un hombre de impío en piadoso?

Estas preguntas equivalen á estas otras:

«¿Qué es lo que hacen en el mundo el clero y los jesuitas? ¿Para qué sirven esas colectividades que tanto dinero cuestan y tantos trastornos producen en las naciones?»

Pues bien: los devotos se hacen de dos maneras.

Una es muy difícil, y por esto ha tiempo que fué completamente desechada. Consiste en lograr que los avaros se hagan generosos y caritativos; los lujuriosos, castos; los iracundos, suaves como un guante; los soberbios, humildes como la tierra; en una palabra, y usando el lenguaje de la Iglesia: sustituir á la naturaleza, con todas sus imperfecciones y pecados, por la gracia, engendradora de todas las virtudes y perfecciones.

Esto, dicho sea de paso, nos afirma la fe que es humanamente imposible, pero que por la eficacia de los sacramentos es sumamente fácil y hacedero.

Resultó, no obstante que la cosa salía un poquito desigual, y los cristianos de todos los tiempos siguieron por completo los impulsos de la naturaleza, por más que confesaban, comulgaban y obtenían bendiciones é indulgencias.

Era para desesperarse ver que después de misiones y novenas elocuentemente predicadas, tras comuniones generales en que pueblos enteros tomaban parte, seguían los usureros desollando al pobre, los soberbios exigiendo el incienso de la adulación y los egoístas encerrándose en un fanal de hielo.

¿Qué hacemos?, se decía la gente de sotana. Porque si intentamos realizar en los pueblos modernos un recuento de católicos, nos vamos á encontrar con que no hay ni uno.

Entonces se acudió á otra manera de fabricar católicos y devotos, que está dando los más brillantes resultados. Consiste sencillamente en no ocuparse

para nada de los vicios ó pasiones de cada individuo, contentándose con que esos vicios se avengan á vivir cubiertos santamente con un escapulario y adornados con un rosario.

A los lujuriosos se les dice: «Vosotros podéis seguir en todos vuestros devaneos, seducir doncellas, engañar casadas, desflorar vírgenes, mantener horizontales ó instantáneas; pero (en el pero consiste toda la perfección), habéis de pertenecer al Apostolado de la Oración y practicar la comunión reparadora los primeros viernes de cada mes.

Vosotros, los soberbios, podéis seguir sin inconveniente alguno siendo tiranos crueles de vuestros criados y empleados; seguir escupiendo en el rostro á todo el que no tuvo la suerte ó la desgracia de nacer de padres nobles y hacendados; seguir haciendo que se os adore subidos en el altar, ridículo, es verdad, pero altor al fin, que os alza vuestro orgullo. Lo único que se os pide es que visitéis periódicamente la residencia de los jesuitas, donde, no temáis, se respetarán y aún fomentarán todas vuestras vanidades, vuestros vicios y hasta vuestros crímenes.

Y de esta manera sencillísima y cómoda se forman hoy esos devotos; y por esto acuden á alistarse en las filas católicas todos los que se encuentran ahorcados en su conciencia.

A mí me llaman er tonto
porque me falta un sentido;
á ti te falta otra cosa
que el cura se la ha comió.

Excepción injusta

Libre el cielo á cualquier ciudadano honrado de pegar en cualquier parte, aunque sea á la misma puerta de su casa, un anuncio de su industria, sin haber llenado antes los requisitos de licencia, censura y sello. Inmediatamente se presenta un municipal, le interroga, lo denuncia, y ni Dios le quita de encima una multa. Y lo que de un industrial, digo del dueño de cualquier local de espectáculos: teatro, circo, cinematógrafo, barraca de feria, etc.

Solamente veo excluidos de llenar estos requisitos á los anuncios que se ponen en iglesias, ermitas, conventos y demás edificios religiosos, y pregunto: ¿Por qué esta excepción? ¿Acaso éstos, como aquéllos, no van en busca de dinero, clientela ó espectadores?

A la fea de la cárcel
no me venga usted á rezar;
deme cuartos, señor cura,
y luego déjeme en paz.

Medida urgente

Debe hacerse un inventario de las joyas, estatuas, libros y ornamentos que existen en las iglesias, para evitar que vayan á parar al extranjero.

¿Que ya lo intentó Ruiz Zorrilla y le

asesinaron un gobernador en Burgos al ir á hacer el inventario en la catedral?

Lo recuerdo; pero ese debe ser un aliciente más para dictar nuevamente la orden y ejecutarla severamente.

Ningún gobierno debe dejar dejarse influir por el miedo cuando tiene la seguridad de que obra en justicia.

Diez llenas, dos recién vacías

(Telegrama de hoy.)

Encuentro digno de lo
todo lo que ha sucedido
en Lisboa.

Pero me enfado si leo
que alguien insulta á las monjas;
eso es feo.

Es indigno maltratar
á las buenas religiosas
por amar.

Pues si no fuera el amor
sería este mundo un valle
de dolor.

Si las expulsan de allí,
que las traigan, que las traigan
por aquí.

Pero á los jesuitas, no;
que los lleven á poblar
Fernán-Póo.

Y se podrán divertir
con las negras, si las ponen
á parir;

Como hicieron en Lisboa,
con una potencia digna
de lo.

Roma.

P. Díez

Memorias de un jesuita

Una peregrinación

I

Queda todavía en la mente de los españoles como figura tradicional y típica la del peregrino de lengua barba y atezado rostro, negra esclavina sembrada de conchas y mugriento bordón que sostiene ligera y amarilla calabaza. El largo rosario de gruesas cuentas pende de la cintura y agítase con ruido característico y devoto; todo el aspecto del peregrino mueve á contrición, hace adivinar historias de pecados que se expían y habla de bienes de otra vida y desprecios de la presente.

Los jesuitas, tildados de retrógados, fuimos los que hace pocos años cambiamos por completo el figurín del peregrino, y acomodándolo á las necesidades y gustos de los modernos tiem-

pos, lo presentamos sin conchas ni bordones, ni espíritus ascéticos, antes perfumado, sonriente, decididamente elegante y en cómodos vagones instalado.

En nuestras peregrinaciones, las únicas conchas que figuraron eran de muy buen ver y encantadores contornos; calabazas no las recibieron más que algunos luises que no tuvieron ángel para declarar sus atrevidos pensamientos; bordones se vieron solamente en las guitarras, encanto y alegría de los coches de tercera; las esclavinas eran de «moiré» ó «matalasé» de lazos y de gasas recubiertas, y los rosarios, de ónice ó de nácar, iban guardados en neceseres de piel de Rusia y mezclados con pañuelos de encaje, botas de colorete y pomos de perfumes y cosméticos.

Una de las peregrinaciones más notables fué la que organizó el P. Hidalgo en nombre de la Guardia de Honor del Corazón de Jesús. Habíamos de salir los peregrinos á las seis de la mañana de la estación del Norte, en tren especial, que nos conduciría al Real Monasterio de San Lorenzo, donde, según es pública voz y fama, se guarda la Forma Sacrosanta que hollara un hereje y que milagrosamente fué recuperada y se conserva incorrupta. Nada más propio de la Guardia de Honor que peregrinar para postrarse ante J. sueristo Sacramentado, que por medio de un prodigio estupendo ha reclamado el culto y la veneración de los españoles.

En el Madrid piadoso no se hablaba de otra cosa que de la peregrinación. «Va á ser un acto solemnisimo y conmovedor; ahora van á ver los impíos lo que el sentimiento religioso ha avanzado en España; el Nuncio va á poder escribir al Papa diciéndole que España es siempre el pueblo católico, apostólico y romano por excelencia.»

Efectivamente; las listas en que se inscribían los que habían de asistir á la peregrinación, se llenaban como por encanto, y no sólo se llenaban, sino que recibían los nombres y títulos de las personas más linajudas y caracterizadas de la corte. Un grande de España y una dama de la reina iban en representación de la familia real; generales, obispos, senadores vitalicios, las clases todas acomodadas y de arraigo. Que los tiempos andando han logrado que en vez de ser pobres, cual aconteció en Galilea, sean ahora los ricos los que rodeen y adoren al Redentor. Este es el triunfo de los jesuitas.

Llegó el día de emprender la peregrinación, y desde luego me extrañó que, debiendo empezar la solemnidad en el Escorial por una comunión de todos los peregrinos, éstos llenaran en Madrid, antes de partir, los cafés y chocolaterías, especialmente la de doña Mariquita, en requerimiento, bien del animoso café, bien del dulce chocolate, ya de la tostada de abajo, ya del amarillo y empalagoso moicón.

Madrugadores y trasnochadores, parábanse admirados ante el espectáculo de tanta gente elegante y compuesta; hermosas muchachas, almidonados pollos y empergilladas mamás. — ¿Qué ocurre? ¿Cómo Madrid se desayuna hoy tan temprano? — Son los peregrinos, que van al Escorial — se contestaba por los mejor enterados.

La consternación de los padres Hidalgo, Sanz y Garzón no tuvo límites

cuando se informaron de que casi nadie iba á comulgar, por haberse ya desayunado.—¿Cómo han hecho ustedes eso?—Porque tenemos el estómago muy delicado y nos hubiera costado una enfermedad. Este diálogo lo escuché más de cien veces antes de salir el tren.

A todo esto, cada peregrino habíase reunido á la compañía que encontrara más agradable. El administrador de *El Adalid*, joven con aspecto de mosquetero, que soñaba con algún enlace ventajoso que le sacara de apuros, dirigía miradas tiernas á la hija de una condesa, chica vivaracha y devota con ganas de casorio. Otro luis, sobrino de un senador que une su apellido á un libro de logaritmos, se había llevado unas peregrinas de confianza que, aunque vestidas austeramente de negro y cubiertas de largos mantos, llevaban demasiado colorete en las mejillas, demasiado carmín en los labios y demasiado blanquete en frentes y narices. El padre Sanz tuvo que hacer una verdadera requisita de claveles entre los luises, pues eran muchos los que en la solapa de la irreprochable americana habían fijado la perfumada y rizada flor.—¡Vaya unos peregrinos!—exclamaba mientras, con rabia, tiraba claveles por el suelo.

Púsose en marcha el tren, que bien pudiéramos llamar sagrado. Al poco tiempo la animación en los coches era indescriptible. Habíanse destapado botellas de manzanilla; los «sourtiments» de Tournie y Lhardy iban de mano en mano y de boca en boca. El mosquetero de *El Adalid* ofrecía rajitas de salchichón á la futura condesa, colocándolas el mismo en la rosada boca de la bella.

Las invitadas amigas del sobrino del senador se habían quitado los mantos y canturreaban peteneras con grande escándalo de doña Florencia, ama de un canónigo que iba en el mismo departamento. Corrióse la orden de que se comenzasen los cánticos sagrados: «Ruja el infierno», «Corazón Santo» y «Acógenos benéfica». De coche en coche se repetía la misma frase:—«De parte del padre Hidalgo que se cante «Ruja el infierno». ¡Que si quieres! Apenas empezaba á entonar el himno alguna voz como de caña rota, la interrumpían otras más juveniles y potentes cantando «Yo te adoro, mi dulce ilusión» ó «La de los claveles dobles». Cuando llegamos al Escorial los padres íbamos ya de muy mal talante.—No se puede con esta gente—decíamos.

En la iglesia del Monasterio estaba todo preparado para la comunión general. Un padre en el púlpito haría los fervorines y el órgano entonaría dulces y arrobadores acordes. Este fué el primer disgusto grave. Apenas si comulgaron dos docenas de personas, todas viejas y de ninguna significación. Las demás, ó no entraron en la iglesia, ó si entraron permanecieron en su sitio entregadas á continua «causerie» mientras en el coro se cantaba: «Venid y vamos todos».

II

Los padres, con la «crème» de los peregrinos, comimos en una gran sala de la fonda de Miranda, donde la junta organizadora había dispuesto un verdadero banquete. Era de ver aquella mesa interminable adornada con ramos de

flores y guarnecida de señoras, jesuitas y luises ostentando todos en el pecho el lazo encarnado distintivo de los guardias de honor del Corazón de Jesús. Parecíamos otros tantos cristos con el pecho abierto por la lanza de Longinos.

Bendijo solemnemente la mesa el padre Hidalgo y comióse la humeante sopa sin más ruido que el de las cucharas chocando con los platos y el caldo sorbido por los labios.

«Ha sido un percance lo de la comunión; pero de todas maneras la peregrinación resulta grandiosa y gallarda manifestación del despertar religioso de los españoles.» Esto se repetía en todos los tonos y de mil modos adobado, como dándonos una satisfacción á nosotros mismos.

Los camareros, mal penetrados, sin duda, del místico espíritu que informaba el banquete, escanciaban sin cesar Rioja muy aceptable en las copas de los comensales. Y era el caso que éstos las desocupaban con suma rapidez, como si no quisieran que por un momento siquiera figurara el pecaminoso licor en mesa tan sagrada y virtuosa. En tablóse, pues, un pugilato y terrible pugna entre los impíos mozos que llevaban las copas y los fervorosos peregrinos que la vaciaban de un trago.

El resultado no se hizo esperar; los que luchaban por la gracia de Dios se llenaron de tan santa é inmensa alegría, que, cual cándidos niños, reían á carcajada, y con estruendosas manifestaciones de entusiasmo celebraban cualquier dicho agudo ó cuento que tuviera siquiera un granito de sal. La satisfacción más viva se pintaba en todos los rostros; el carmín de la salud aparecía alegre en mejillas y narices; brillaban los ojos con fuego húmedo y aun cruzábanse signos inequívocos de fraternal afecto entre peregrinos y peregrinos.

Repentinamente oyese un temeroso estruendo en la contigua sala, cenáculo de otra sección de guardias de honor. Platos que se rompen; sillas que caen sobre el entarimado; gritos de furor; insultos que desdicen de la piedad de un auditorio tan compuesto. Vamos allá en tropel y vemos un mantel empapado en vino; los cascotes de varias botellas esparcidos por la mesa y el suelo y un montón de personas que fuertemente forcejeaban en torno de algo que no se veía. A duras penas nos acercamos varios y ¡vive Dios! que lo que vimos solamente el autor de *L'Assomoir* pudiera describirlo.

Doña Florencia, el ama del canónigo, estaba como nadando en un lago de Rioja; una de las peregrinas que había llevado el sobrino del senador tenía á la vieja sujeta con la mano siniestra por el desmedrado moño, mientras que con la diestra, que lo era en alto grado para descargar golpes y puñetazos, descargaba tantos y tan deprisa en cierto sitio que nunca ha de enseñarse, que si no intervenimos, allí acaba su gloriosa carrera señora tan respetable.

Las palabras que se oyeron no he de repetir las yo aquí, y aun creo que no podría, pues las borré de mi mente como indignas de ser guardadas en la memoria de un religioso. Sólo he de afirmar que de todo en todo desdecían de gentes que, encendidas en el divino amor, iban á dar público testimonio de fe católica. Observé que no eran sola-

mente aquellas dos peregrinas las que se habían aporreado, pues había varios moños deshechos, ojos congestionados y caras surcadas de chirlos.—«La hora de la procesión»—se oyó decir por todas partes.—«El caso es que no hemos tomado café»—exclamamos los aficionados al moka.—«En un momento se toma.»—«Pues vamos allá.» ¿Lo confesaré? Al bajar la escalera noté que mis piernas no gozaban de la firmeza á que acostumbrado me tenían, antes, temblorosas é inciertas, flaqueaban.

Durante el café reinó otra vez la alegría más franca y candorosa; pero el demonio, que no duerme, hizo que la conversación viniera á dar en el asunto de firmezas para resistir bebidas sin trastornarse. Y sucedió que quise lucirme y dije que era capaz de beberme doce copas de cognac sin que me hicieran efecto alguno.—«A que no.» «A que sí.» «Que las traigan», y vinieron las copas y me las bebí, añadiendo otras dos, entre una ovación entusiástica. Nunca lo hubiera hecho. Renació el Gil Blas de antes de la sotana, y canté flamenco, y recité versos y conté cuentos aprendidos en la redondilla del teatro Real y... nada más, porque perdí el sentido y no lo recobré sino al siguiente día en Madrid.

Entonces, y con entusiasmo, me refirieron que la procesión se tuvo que suspender; que el tren de peregrinos parecía un tren de coléricos, y que, por más esfuerzos que se hicieron, no se entonaron cánticos sagrados: sólo doña Florencia, vendada y molida, entonó con el padre Hidalgo el «Ruja el infierno. brame Satán».

GIL BLAS DE SANTILLANA

Un frailuco fué la causa
de tu perdición primera,
de la segunda un sochantre
y un sacris de la tercera.

Nueva revista

L' Sillon, (El Surco) está muerto, y va á renacer, esta vez francamente laico y republicano.

En la víspera de las batallas de ideas que se anuncian y en el desarrollo actual de las almas, acaba de constituirse un grupo de escritores para fundar un órgano consagrado á «la defensa del ideal democrático por medio de la cultura moral y social, fuera de todo partido y por encima de todas las iglesias.»

A Mr. Pablo Jacinto Loyson se ha confiado la dirección de este nuevo periódico, cuyo título, así como su comité de patronato y de redacción comunicaremos en breve. Mr. Loyson, es el célebre expadre Jacinto, superior de los Carmelitas Descalzos de París y afamado conferenciante de Notre Dame, que hace años abandonó las *dulzuras* del claustró, como nadie ignora seguramente.

El que quisiere mandar
memorias á los infiernos,
aproveche la ocasión,
que agoniza un reverendo.

Imprenta de D. Mianco, Libertad, 21.